

COMEDIA FAMOSA.

EL CAVALLERO.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>D. Felix de Toledo, Galàn.</i>	***	<i>Doña Ana Enriquez, Dama.</i>	***	<i>Manzano, Gracioso.</i>
<i>D. Lope Enriquez, Galàn.</i>	***	<i>Doña Luisa de Ribera, Dama.</i>	***	<i>Martin, Criado.</i>
<i>D. Diego de Ribera, Galàn.</i>	***	<i>Inès, Criada.</i>	***	<i>Dis Hombres.</i>
<i>D. Juan de Toledo, Barba.</i>	***	<i>Leonor, Criada.</i>	***	<i>Musicos.</i>



JORNADA PRIMERA.

Salen Don Felix, y Manzano de camino.

*Manz. J*esus! Jesus!

Felix. J Què te espantas?

Manz. Aun no creo que aqui estès:

què este es Madrid? què esta es la calle de las Infantas?

Es possible, que ya andes por tierra que anduvo el Cid?

Dios me conserve en Madrid, que para mi no hay mas Flandes.

Felix. Asegurote, Manzano,

pues ya sabes lo que passa, y que me vuelvo à mi casa,

por la muerte de mi hermano, donde, si su muerte lloro,

hallar por alivio puedo

un mayorazgo que heredo,

y una Dama à quien adoro;

que en Flandes contento estaba,

y aora conozco yo,

que aquella escuela me diò

todo lo que me faltaba:

porque aunque la Corte encierra Cavalleros muy perfectos,

sin saber de los efectos

de la escuela de la guerra,

segun lo que confidero,

que ella en mi pecho ha labrado,

la Milicia es quien dà el grado

à un perfecto Cavallero.

Manz. Fuerza fue, que alli aprendieses

quatro mil Cavallerias,

no dormir en quatro dias,

no desnudarse en dos meses;

andar siempre à la aspereza

de agua, nieve, ò yelo impio;

bien es verdad, que este frio

se resiste con cerbeza;

con que queda acostumbrado

un hombre, con tal sustento,

à andar siempre muy hambriento,

muy roto, y desaliñado,

afligido, sin dinero,

siempre imaginando flores,

que son las partes mejores

de un perfecto Cavallero.

Felix. Como tù, lo has discurrido.

Manz. Esto es lo que yo aprendi.

Felix. Labrò en tì, conforme à tì.

Manz. Ergo si haver aprendido

mal, consiste en mi baxeza,

no es la guerra, ni sus fueros

quien hace los Cavalleros,

sino su naturaleza.

Felix. La misma razon lo abona.

Manz. Pues què es lo que de ella nace?

Felix. Yo no digo que los hace,

sino que los perfecciona.

Manz. Pues essa question dexada,

por què causa no has querido

irte à casa , y te has venido
à apear à una posada?

Felix. Mi recato es necesario,
pues lo que llevò mi brio
à Flandes , fue un desafío,
en que matè à mi contrario.
Demàs de esto , y el empeño
sabes que aqui dexè yo,
pues sin alma me embiò
Doña Ana Enriquez mi dueño.
En la carta me protesta
mi padre , que con secreto
me venga , pues con efecto
no està aun la muerte compuesta.
Y demàs de esto me llama,
porque casarme ha intentado,
ni sè què esposa me ha dado,
ni en què estado està mi Dama.
Sin verla intenta saber
uno , y otro mi agudeza,
que si en Doña Ana hay firmeza,
ella ha de ser mi muger.

Manz. Y tù sabes si ha venido
Don Lope Enriquez , hermano
de Doña Ana , que era Indiano?

Felix. Si , por cartas lo he sabido.

Manz. Y el Don Lope , dudar puedo
si vendrà en lo concertado.

Felix. Pues le està mal ser cuñado
de Don Felix de Toledo?

Manz. Mal diz que le havia de estàr;
pues eres tù algun mendigo?
se pudiera honrar contigo,
aunque fuera Familiar;
y aun anda mi lengua corta:
mas dudo que os concerteis,
si los dos no os conoceis.

Felix. Siendo yo quien soy , què importa?

Manz. Pues al caso , y con audacia.

Felix. Pues ya es noche , ven tràs mì,
que Doña Ana vive aqui
al Cavallero de Gracia.

Manz. Oyes : què en los Capuchinos
de tanto coche se infiere?

Felix. Que es Viernes , y hay Miserere.

Manz. Suena en acentos divinos;
mas ya al fin debe de ser,
pues sale gente. *Felix.* Azia alli
nos vamos , no salga aqui
quien nos pueda conocer.

Manz. Si , que la Luna ha salido.

Felix. Me conviene este recato.

Manz. Mucho es , que quien no es ingrato
quiera ser desconocido.

Salen Doña Ana , y Inès con mantos , y Doña Luisa , y Leonor del mismo modo , y dos hombres galanteandolas.

Ana. Cavalleros , si lo sois,
mostrad el primor de serlo
en no passar adelante
con quien os pondera el riesgo,
que hay en ir à nuestro lado.

Homb. 1. Esse es el comun despego
que usan todas las mugeres
à los primeros encuentros:
y el quererlos festejar,
y regalar , si de hacerlo
dais licencia , no es agravio,
que merece esse desprecio.

Luisa. Ya os hemos dicho otra vez,
que aunque aqui lo parecemos,
no somos de las mugeres
que pensais. *Homb. 1.* Tambien es esso
comun de primer respuesta,
que yo en la Corte estoy hecho
à escuchar esso de todas,
y à encontrar su rendimiento
detràs de poca porfia:
pero seais en efecto
quien fuereis , què importará
para admitir el festejo,
de ir à la confiteria,
que de aqui no està muy lexos
del Cavallero de Gracia?

Ana. Inès , viste hombres mas necios?

Inès. Si ellos quieros que nos dexen,
admite el ofrecimiento,
que los tales tienen traza
de tener poco dinero,
y nos dexaràn , si acetas.

Homb. 2. Ea , vamos , no tardemos,
demos dulces à estas damas.

Luisa. Ya os han dicho , Cavalleros,
que os estará mal seguirnos;
y puede ser que encontremos
bien presto quien os lo muestre.

Homb. 1. Amenaza? pues por esso
os hemos de acompañar.

Ana. Ya esso es passar de grossero,
y fiaros en que somos

mugeres. *Felix*. No oyes aquello?
Manz. Hay hombres ocasionados:
 éste estará pretendiendo
 una compañía en la guerra,
 no se la dará el Consejo,
 y la procura en la paz.
Homb. 1. No teneis que deteneros,
 que solo por la amenaza
 os havemos de ir figuiendo.
Ana. Eſſo es porque aqui no veis
 quien aqueſſe atrevimiento
 os castigue. *Homb. 1.* Si ha de haverle,
 vamos allá. *Felix*. Cavalleros,
 haviendo dicho estas Damas,
 que en ſeguir las tienen rieſgo,
 no parece urbanidad
 ſeguir las à ſu deſpecho;
 y yo os pido en cortesia,
 que las dexeis. *Homb. 1.* Bravo empeño!
 ſois vos el que ellas esperan,
 que castigue nuestro intento?
Felix. Soy quien eſto os ſuplica
 por deuda de Cavallero;
 y ſi no os quiſiereis ir,
 quien hará que os vais mas preſto.
Homb. 1. Trae algo con que eſpantarnos?
Manz. Trae con que darles tan recio,
 que les hará que aqui dexen
 las capas, y los ſombreros,
 y las Damas, y la gana
 de ir con ellas. *Homb. 1.* Antes pienſo,
 que la dexará quien habla.
Manz. Mientes, poco mas, ò menos:
 abanza, ſeñor. *Felix*. Ya os voy
 à enseñar à ſer atentos.
Metenlos à cuchilladas.
Ana. Ay infeliz! Doña Luiſa,
 en que empeño nos ha pueſto
 la necedad de eſtos hombres?
Luiſa. No es ya muy grande el empeño,
 Doña Ana, que à muy buen paſſo
 de ſu valor van huyendo,
 y no correrà peligro.
Inès. No hará, que corren con miedo.
Leon. Son toreadores de à pie?
Ana. Quien ſerà eſte Cavallero?
Luiſa. Si la viſta no me engaña,
 yo de la Luna al reflexo
 le vi la cara; y ſi aqui
 pudiera eſtár, ſiendo cierto

que eſtá en Flandes, preſumiera,
 que es Don Felix de Toledo.
Ana. Ay Inès! que es lo que eſcucho?
Inès. Muy poſſible es que ſea cierto;
 ſu padre le eſtá eſperando,
 y habrá venido. *Ana*. Y mis zelos
 ſerán ciertos, ſi es verdad; *ap.*
 ha ingrato amante, que es eſto?
 tú en Madrid, ſin verme à mí?
 Doña Luiſa, ſegun eſſo
 tú debes de conocerle?
Luiſa. Le debì muchos feſtejos
 antes que ſe fueſſe à Flandes.
Ana. Luego es tu amante? *Luiſa*. No pued
 preſumir yo, que aun le dure
 un amor, que ha tanto tiempo
 que yo le deſengañè;
 y tú ſabes ya el extremo
 con que à tu hermano Don Lope
 quiſe yo ſiempre. *Ana*. Eſſo es cierto:
 èl la conociò, y por ella *ap.*
 ſe empeñò: yo eſtoy muriendo.
Luiſa. Mas èl es el que ha embaynado
 la eſpada, y viene. *Ana*. Qué haremos?
Luiſa. Irnos, y no nos conozca.
Ana. Eſto confirman mis zelos: *ap.*
 antes yo le quiero hablar,
 porque agradecerle debo
 el havernos amparado.
Luiſa. Habla tú, ſi guſtas de eſſo.
Ana. Inès, tapemonos bien.
Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. Bien ſe viò quien eran ellos.
Manz. Mas no ſe irán alabando.
Felix. Heriſte alguno? *Manz*. Eſſo es bueno:
 como no podìa alcanzarlos,
 me alarguè de penſamiento,
 y à uno di una cuchillada,
 que le abrí de medio à medio.
Felix. Le alcanzaste con la eſpada?
Manz. No ſino con el deſeo.
Ana. Ay Inès! yo eſtoy mortal;
 Don Felix es. *Inès*. Eſto es hecho,
 en aqueſte instante acabo *ap.*
 de perder yo mi remedio;
 porque en nombre de mi ama,
 à quien galantèa Don Diego,
 hermano de Doña Luiſa,
 le hago favores ſupueſtos,
 y me vale un pozo de oro,

y oy por Don Felix lo pierdo.
Felix. Aun se están aquí las Damas.
Manz. Bien pueden darnos el premio.
Felix. De hallaros aquí, señoras,
 presumo cuidado nuevo;
 si le teneis, y gustais
 de que yo os vaya sirviendo
 hasta entrar en vuestra casa,
 bien podeis ir sin recelo.
Manz. Miren si hay otra pendencia,
 que aunque sean veinte de ellos,
 con condicion que ellos huyan,
 aquí se la reñiremos.
Ana. No esperamos por cuidado,
 sino por agradeceros
 el favor; aunque es verdad,
 que nos costò el sentimiento
 de que un Cavallero tal,
 como lo muestra el empeño,
 se aventurasse con hombres,
 que eran de tan poco precio:
 y creed, que à haver sabido,
 que pudiera à vuestro aliento
 empeñarle nuestra voz,
 sufriera su atrevimiento,
 por no daros la ocasion,
 que ya vencida sin riesgo,
 os agradezco. *Felix.* Yo soy
 quien debe agradecimiento
 à la ventura de hallarme,
 con lo poco que merezco,
 en ocasion de serviros.
Ana. El Don Felix es discreto,
 muy galan, y muy bizarro:
 si es cierto lo que sospecho, *ap.*
 asì me he de vengar de ella.
Luisa. Es un grande Cavallero,
 y effo lo debe à su sangre.
Ana. Bien dissimula: si es cierto?
 sois de Madrid? *Felix.* Yo, señora,
 no soy sino forastero.
Manz. Mi señor es Alemàn.
Ana. Alemàn? *Manz.* Medio Tudesco,
 y à ora ha venido de Angola.
Ana. Bien se conoce en lo negro;
 pero acà no somos Indios.
Felix. Este, señora, es un necio,
 que yo soy de Andalucia.
Ana. Effo parece mas cierto.
Manz. Y lo que yo digo, y todo,

que esto es por parte de fuegro;
 mas por parte de cuñado,
 es Alemàn como el yelo,
 natural de Calahorra.
Felix. Calla, no seas majadero.
Ana. Ya que forastero sois,
 holgarème de ir sabiendo
 vuestro nombre, y la posada.
Felix. La posada es algo lexos,
 porque poso en Leganitos:
 el nombre, para el efecto
 en que yo os puedo servir,
 si asseguro como puedo,
 que yo un Cavallero soy,
 os digo el nombre mas cierto.
Ana. Si un Cavallero es el nombre,
 buen nombre es ser Cavallero.
Felix. No pienso yo que se os puede
 ofrecer à vos empeño,
 en que querais saber mas.
Ana. No pudiera ser, que al veros
 tan bizarro, y tan airoso,
 ocasionasse el afecto
 de alguna de las que veis?
Felix. No estoy hecho à esos trofeos,
 y lo dudo à mi fortuna:
 mas sintieralo, os prometo,
 que me diera essa ventura,
 quando lograrla no puedo.
Ana. Por què no podeis lograrla?
Felix. Porque yo me he de ir muy presto.
Ana. Ya mi duda es evidencia, *ap.*
 pues me ha despreciado el ruego,
 por ver que està aqui su Dama;
 yo lo he de apurar si puedo.
 Doña Luisa, el tal Don Felix
 muy bien me và pareciendo,
 y pienso que he de quererle.
Luisa. Tendràs muy buen gusto en effo,
 que èl es digno del cuidado.
Ana. Si es dissimulo, es muy cuerdo, *ap.*
 ò ella està muy satisfecha.
 Y de verdad, es lo cierto
 el haveros de partir,
 ò tener ya algun empeño?
Felix. Yo en mi vida quise bien.
Manz. Señor, por què dices esto?
 dexate querer de aquesta.
Felix. Necio, puede un Cavallero
 enganar aquí à una Dama,

si à otra Dama està queriendo?

Manz. Si quiere, y como que puede.

Ana. Muy dificilmente os creo,
que no haveis querido bien.

Felix. No, y es verdad, porque quiero.

Ana. Os ahorraris muchas congojas,
mas perdeis muchos contentos.

Felix. Tanto sabeis vos de amor?

Ana. Por las Comedias, que leo,
tengo de èl muchas noticias:
mas puesto, que (à lo que infiero)
el encubrir vuestro nombre,
y fingir esse despego,
os tiene alguna importancia
con las que os estàn oyendo,
no quiero apuraros mas;
y porque cerca tenemos
nuestra casa, os suplicamos,
que os quedeis aqui. *Felix.* Mi intento
solamente es de serviros,
y por esso os obedezco.

Ana. Muerta voy! ven, Doña Luisa.

Luisa. Passa adelante tu afecto?

Ana. Ya se descubre el cuidado;
ven, que despues hablaremos. *Vanse.*

Inès. Ven, Leonor. *Leon.* Vamos, Inès.

Manz. Digo, Reyna. *Inès.* A quièn và esso
entre las dos? *Manz.* Yo à una sola,
porque me cansè en Marruecos
de tener treinta mugeres.

Inès. Fue Moro? *Manz.* Un poco de tiempo.

Leon. Responde tù à esse Letrado,
que yo à mi ama voy siguiendo. *Vase.*

Inès. Y què quiere? *Manz.* Ya vè ustè
yo ando à buscar mi remedio,
y ustè me parece cosa.

Inès. Jesus! cosa le parezco?
y què cosa? *Manz.* Así, cosita.

Inès. No sea tan lisongero:
para què me alaba tanto?

Manz. Si esto es mucho, quitarèmos.

Inès. Y de verdad, busca ustè
comodidad? *Manz.* De provecho.

Inès. Parecele bien la mia?

Manz. Si ustè dixera primero
lo que dà, pudiera ser.

Inès. Yo doy el salario en zelos,
las raciones en desdenes,
en tibiezas, y despegos,
ù de año en año; y si acaso

hay algun gran casamiento,
doy librèa de esperanza.

Manz. Y no dà ustè algun enredo,
ò chisme para zapatos?

Inès. Cinquenta le darè de esso.

Manz. Jesus, y què rica cosa!
digo que en ella me quedo.

Inès. Pues traiga luego su ropa.

Manz. Deme señal, irè luego.

Inès. No tengo mas que esta mano,
si basta. *Manz.* Poco dinero;
no le queda à ustè otra blanca?

Inès. Vela aqui. *Manz.* Pues voy con esso,
que ya es un maravedi.

Inès. Còmo ha nombre? *Manz.* Yo, Cerezo.

Inès. Cerezo? mirelo bien.

Manz. De arbol es mi nombre, cierto.

Inès. De arbol si, el vedado.

Manz. Muger del Demonio, arredro.

Inès. Por què se espanta de mi?

Manz. Que eres la serpiente pienso,
pues has olido el Manzano.

Inès. A Dios, señor embustero;
y crea el señor Manzano,
que aora ha sido camueso. *Vase.*

Manz. No oyès aquesto, señor?

Felix. Què ha sido? *Manz.* Viven los Cielos,
que estas nos han conocido.

Felix. Què dices? estàs sin sesso?
recienvenidos de Flandes,
còmo es possible? *Manz.* Esso es bueno;

pues si me han dicho mi nombre?
quànto quieres que apostemos,
que eran Doña Ana, y Inès
dos de las que aqui estuvieron?

Felix. Doña Ana? estàs sin sentido?
pues estando, como es cierto,
aqui su hermano Don Lope,

havia de hacer el exceso
de estàr de noche, y à pie
fuera de casa? *Manz.* Què riesgo

puede haver en esso, si ellas
viviendo en el Cavallero
de Gracia, à los Capuchinos

quieren venir de secreto
al Miserere encubiertas?

Felix. Vive Dios, que lo recelo,
que la muger que me hablò
me pareciò de respeto;
y en una muger de porte

de-

declararse con un ruego,
fuera gran facilidad,
à no tener fundamento:
Manzano, vamos allà.

Manz. Peral, vamos al momento,
que ellas han sido prudentes
como serpientes en esto.

Felix. Por què? *Manz.* Vieron el Manzano,
y la culebra te dieron. *Vanse.*

Sale Don Diego con Musicos.

Diego. Aquí podeis quedaros retirados,
y estén los instrumentos bien templados,
porque en llamando yo, comience luego
(dando noticia de mi amoroso fuego)
la musica à cantar mi dicha grande;
y no se mueva nadie, hasta que mande
mi cuidado tocar los instrumentos,
dando sus dulces voces à los vientos,
porque à mayor trofeo
del que promete, aspira mi deseo,
porque tanto mi amor me tiene ciego.

Musico. Bien puede descuidar, señor D. Diego,
que està famosamente prevenido.

Diego. El contento de ver favorecido
mi amor, me tiene loco;
qualquier festejo à mi deseo es poco,
para significar el alegría
en que me tiene la esperanza mia.
Un año me ha costado este trofeo,
que ha que à Doña Ana Enriquez galanteo
con porfias, y ruegos, y finezas,
resistiendo desdenes, y durezas,
fin que el Sol viesse claro solo un dia;
y en fin todo lo alcanza la porfia,
pues ya mi alivio su favor alcanza;
y para mas aliento à mi esperanza,
oy licencia me ha dado
de que la signifique mi cuidado
la musica que traigo prevenida,
que es el indicio de que tengo vida;
pues es cierto que no lo permitiera
à quien para su esposo no quisiera.
La seña quiero hacer à la ventana,
pues ya es hora que esté sola Doña Ana,
que à esta hora mi hermana Doña Luisa,
cuya visita el Viernes es precisa,
porque à los Misereres la acompaña,
ya se havrà buuelto à casa: dicha estraña
es la que consiguió porfia, y ruego,
si esposo de Doña Ana à verme llevo.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Esta es la casa, Manzano.

Manz. Y aquella, señor, la rexa,
que de arado para ti
fue, quando andabas tràs ella.

Felix. Pero tuve buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues floreció la esperanza,
porque aora el fruto se acerca.

Manz. Aora es fruto dichoso,
que à mi tambien se me acuerda
quando sembrabas suspiros,
pero cogias arena.

Felix. Si estará su hermano en casa?

Manz. Yo te harè essa diligencia.

Felix. Tente, que hay gente en la calle:
en el umbral de esta puerta
estemos hasta que passen.

Llegan à la rexa.

Diego. Llegar quiero à hacer la seña.

Felix. Manzano, no vès aquello?

un hombre à la misma rexa
en que yo hablaba ha llamado?

Manz. Calla, señor, que es quimera.

Felix. Como quimera? què dices?
no le vès parado en ella?

Manz. Hombre à rexa de tu Dama?
calla, que ferà alma en pena.

Felix. Estàs ciego? no lo vès?

Manz. No lo creo, aunque lo vea:
alma en pena es, vive Dios.

Felix. Me apuraràs la paciencia.

Manz. Pues si la quiere, y tiene alma,
no andará en pena por ella?

Felix. Aguarda, que ya han abierto.

Abren una ventana, y sale Inès à ella.

Inès. Cè, es D. Diego? *Diego.* Si, Inès bella,
la musica prevenida
aquí traigo. *Inès.* Esta es buena; ap.
què sería si Don Felix
aora à la calle viniera?
pero yo no he de perder
lo que Don Diego me pecha,
que para todo hay ingenio.
Don Diego, àcia la otra açera
os poned para cantar,
que así mi ama lo ordena,
que allí viven otras Damas,
y se equivoca con ellas
de la musica el intento,

para que nadie lo sepa,
que ella la saldrá à escuchar,
para que salga con ella,
y aun se está aquí Doña Luisa:
y así, aunque Don Felix venga,
no tendrá que sospechar.

Diego. Ya está esta prevención hecha;
yo voy à decir que canten.

Felix. Manzano, mi muerte es cierta.

Manz. Mas tuviste buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues dà fruto para todos.

Felix. Respirando estoy un etna.

Manz. Este hombre te ganó el juego,
y por la ventana mesma.

Felix. No ganará si yo puedo.

Manz. Pues cómo quieres que pierda,
si está à truco aventanado?

Salen à la ventana Doña Ana, y Doña Luisa.

Ana. Inés, para qué está abierta
esta ventana? *Inés.* Ay señora!
que dan musica. *Ana.* Pues cierra.

Inés. Calla, que es à las vecinas,
que llaman las Boneteras,
y las galantea un lindo,
que no las dà fino queexas.

Luisa. Oigamosla por tu vida,
Doña Ana. *Ana.* Quieres que entiendan,
que es la musica por mi?

Luisa. Antes saliendo tú à verla,
te aseguras de esta duda,
y quitas la contingencia,
que à quien la musica dan,
siempre las ventanas cierra,
por el recato. *Ana.* Ya estoy
tan lexos de dar sospecha,
que nada me importa: oigamos.

Inés. Mañana tengo pollera,
y fortija, que este canto
yo le haré bolver en piedra.

Diego. Desde ai podeis cantar.

Felix. Musica trae. *Manz.* Señal cierta.

Felix. De qué? *Manz.* De que te habla claro
este hombre. *Felix.* De qué manera?

Manz. Te dà los zelos cantados,
porque mejor los entiendas.

Felix. De la calle à cuchilladas
los hede echar. *Manz.* Hombre, espera;
à ti qué ofensa te ha hecho
este hombre, que galantea

à quien como à ti le admite?

Felix. No es posible que él me ofenda,
no sabiendo que me ofende;
mas si yo con tanta pena
viendolo estoy, y lo sufro,
yo soy quien me hago la ofensa.

Manz. No es mejor ver en qué para?

Felix. Y donde está la paciencia?

Manz. Aquí está en los Capuchinos:
aguardemonos fiquiera
hasta que canten las coplas,
y si el estrivillo empiezan,
sacudirlos en la fuga,
para que vayan con ella.

Musica. Ay que me mata, zagales,
la viva estrella de Anarda;
si por estrella la adoro,
mi misma estrella me mata.

Felix. Manzano, esto no es sufrible.

Manz. No me espanto que lo sientas,
que la copla es tal, que à todos
nos hace ver las estrellas.

Felix. Hasta su nombre publica.

Manz. Si ella le ha dado licencia
de que le traiga estrellado,
tú, que lloras su flaqueza,
puedes passarle por agua;
mas ya prosiguen, espera.

Musica. Buela mi amor à tus ojos,
mas es tan noble su llama,
que me quema el corazon,
y me perdona las alas.

Diego. Por la boca de esta calle
una tropa de hombres entra,
proseguid mientras yo voy
à reconocer quien sean. *Vase.*

Felix. Manzano, viven los Cielos,
que lo está oyendo à la rexa
Doña Ana, con sus criadas.

Manz. Pues querias que estuviera
rezando, mientras la cantan?

Felix. La venganza de él, y de ella
he de ocasionar así. *Llega à la reja.*
Ingrato dueño, si ostentas
tu mudanza, ya la ha visto
quien morirá de la quexa.

Ana. Qué es esto? quien es este hombre,
que con tanta desvergüenza
llega? *Inés,* habla contigo?

Felix. Contigo hablo, ingrata bella.

Ana. No os dixes yo, que este riesgo tiene el salir à la rexa? debe de ser loco esse hombre; vamos de aqui: Inès, cierra. *Vanse.*

Felix. Vive el Cielo, que me ha dado, por satisfacerle, atenta, con la ventana en la cara.

Manz. Mucho peor ser pudiera.

Felix. Que darme con la ventana en los ojos? *Manz.* Cosa es cierta; pues peor hubiera sido que te diera en la cabeza.

Felix. Pues en èl me he de vengar.

Sale D. Diego. Amigos, la Ronda es esta, cessad aora, que yo tengo riesgo, si aora me encuentra: venios más mi retirando, y aprisa, porque se acerca.

Musico. Yo con el harpa no puedo correr, y alcanzarme es fuerza.

Diego. Raro empeño! pues dexar estos hombres, es baxeza, si los aja la Justicia: un hombre viene, y es fuerza valerme de èl, sea quien fuere, para que aqui no me pierda.

Cavallero? *Felix.* Si lo soy, que quereis? *Diego.* Siendolo, es deuda en vos amparar à quien de vos à valerse llega:

yo hice en esta misma calle anoche una resistencia à la Justicia, y aora buelve por la calle mesma solo à buscarme, sin duda, con que retirarme es fuerza, por no ser reconocido: yo os suplico, que si llega, ampareis vos à estos hombres, y hagais la musica vuestra, para que no los ultrajen, pues nada en esto se arriesga para vos; y à Dios, que vienen.

Felix. Oid, escuchad. *Diego.* Ved que llegan, y no puedo detenerme. *Vase.*

Felix. Que aquesto aqui me suceda! yo quedo obligado à hacerlo.

Manz. Al que te ofende esso intentas? mas que el demonio se lleve los Musicos, y los metan

en un cepo de patillas.

Felix. Amigos, el tono, y letra profeguid, y sin cuidado cantad, que aunque despues sea forzoso reñir con èl, aora debe mi nobleza ampararle, pues de mi se valiò. *Manz.* Muden el tema, y pues cantan por mi amo rabiando coplas muy nuevas.

Musica. Solo es llama, porque alumbra, pues sin consumir, regala, y crece mas la materia, que mas en ella se abraza.

Salen los mismos con quien riñeron arriba, con los mas que pudieren.

Homb. 1. El fin duda es de este barrio, y hallarle aqui es cosa cierta:

y vive Dios, si le hallamos, que hemos de vengar la afrenta de haver huído esta noche, pues con la industria supuesta de fingirnos la Justicia, podemos, sin que se entienda, reconocerlos à todos, hasta hallarle por las señas.

Homb. 2. Musica están dando aqui.

Homb. 1. Dexadme llegar à ella:

Cavalleros, la Justicia.

Felix. Sea muy en hora buena.

Homb. 1. Y quien diremos de ustedes?

Felix. Gente que no hace molestia,

pues un Cavallero es, que por su gusto festeja con esta musica el barrio.

Homb. 1. Y à que intento?

Manz. Linda flemma;

à una Dama que aqui vive, y por ser muy pedigueña, se la damos por sangria, por no darla de cabeza.

Homb. 1. Lleguemos à conocerle; y quien es quien la festeja?

Felix. Ya he dicho que un Cavallero.

Homb. 1. Un Cavallero es respuesta?

Felix. Esse es mi nombre.

Homb. 1. Esso es bueno.

Manz. Y de pila: es estrañeza, si se bautizò en Olmedo?

Homb. 1. Largue las armas, que espera?

Felix.

Felix. Sobre qué? *Manz.* Pues esto dudas?
 ¿será sobre su cabeza.

Homb. 1. Largue la espada. *Manz.* No larga,
 sino corta. *Felix.* A esta insolencia
 se responde de este modo,
 que no es Justicia quien llega
 con aquesta demasia.

Manz. Señor, que hay muchos, aprieta.

Homb. 1. El es, amigos, matadle.

Manz. Antes ciegos, que tal veas.

Musico. Vamonos de aqui nosotros. *Vanse.*

*Metenlos à cuchilladas, y salen Doña Luisa,
 y Leonor.*

Luisa. Ay Leonor, que yo voy muerta!
 por entre dos mil espadas
 hemos pasado. *Leon.* Qué pena!
 gota de sangre, señora,
 no me ha quedado en las venas.

Luisa. Gran yerro fue no admitir
 que à acompañarnos vinieran
 los Criados de Doña Ana;
 y aora bolver es fuerza
 à pedirlos que nos lleven
 hasta casa. *Leon.* La pendencia
 es enfrente de su casa,
 y es peor bolver à ella.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. La colera de mis zelos
 despiqué en su desvergüenza.

Manz. Siete cabezas à uno
 le rompí. *Felix.* De qué manera?

Manz. Porque iba allí cierto amigo,
 que llaman siete cabezas:
 mas à qué vuelves aqui?

Felix. A que, aunque la vida pierda,
 ha de entender esta ingrata,
 que he sabido sus ofensas.

Manz. Pues qué se le dà à la otra?

Felix. Vè, que he de entrar aunque muera.

Luisa. Azia aqui vienen dos hombres,
 valernos de ellos es fuerza.

Cavalleros, aqui acaba
 de haver aora una pendencia,
 y vamos, como mugeres,
 con temor: por vida vuestra,
 que os sirvais, en cortesía,
 de acompañarnos, que cerca
 està de aqui nuestra casa.

Felix. Manzano, has visto tal tema
 de estorvarme la fortuna,

que hablar à esta ingrata pueda?

Manz. El diablo te lo embaraza,
 porque es hacer penitencia.

Felix. Señora, la obligacion
 de serviros es primera:

vamos luego à vuestra casa.

Manz. Si ustedes dieran licencia,
 que dieramos un aviso

aqui, porque nos esperan,

luego iremos con mas gusto.

Luisa. Si no tardais, norabuena.

Manz. Esto tres horas, ò quatro;
 mas la noche es algo fresca,

y aqui pueden passarse.

Felix. Anda, loco. *Luisa.* A mi me pesa

de estorvaros. *Felix.* El serviros

es la mayor conveniencia.

Luisa. Yo vivo aqui à Calatrava.

Felix. Vamos muy en hora buena.

Luisa. Leonor, Don Felix es este:
 cierta ha sido mi sospecha.

Manz. Yo temo, que hemos de hallar
 otra aventura tràs esta. *Vanse.*

Sale Don Lope.

Lope. Dos horas ha que mi amor

aqui à Doña Luisa espera,

y por no errar el camino,

porque puede ser que vuelva

por parte que yo la yerre,

no he ido à mi casa, donde ella

fue esta tarde con mi hermana,

y ya no es hora en que pueda

detenerse allí en mi casa:

qué de dudas, y quimeras

està un hombre imaginando,

que esperando ama, y recela!

Salen Inès con serenero, y dos Criados.

Inès. No ha venido Doña Luisa

à su casa, la pendencia,

sin duda, la ha detenido,

pues sucediò al salir de ella.

Lope. Gente sale de su casa:

criados son, no me vean,

aqui estarè retirado.

Inès. Demos à casa la buelta,

mas espera, que aqui viene;

dos hombres vienen con ella,

serà su hermano Don Diego,

que estava allí à la hora mesma,

ò Don Lope mi señor.

*Salen Doña Luisa, Don Felix, Leonor,
y Manzano.*

Luisa. Mi casa, señor, es esta,
mucho favor me habeis hecho.

Felix. Lleguemos hasta la puerta.

Inès. Señora? *Luisa.* Inès, pues tû aqui?

Inès. Pardiez esta duda es buena;

pues no salimos tràs tî
en oyendo la pendencia?

mi señora me mandò,

que luego tràs tî viniera

con este criado nuevo,

que nunca tu casa acierta,

porque quedò con gran susto

de verte entre la refriega.

Luisa. Mucho te lo estimo, Inès,

que Doña Ana es tan atenta,

que se debe esse cuidado.

Inès. Tû no supiste quièn era

el de la musica? *Luisa.* No.

Inès. Pues tu hermano hacia la fiesta.

Luisa. Mi hermano? què es lo que dices?

pues Don Diego à quièn festeja

en tu calle? *Inès.* A mi señora.

Felix. Manzano, mas evidencias.

Manz. No es muy mala esta noticia.

Luisa. Mi hermano? *Inès.* El la galantèa:

pero por amor de Dios,

que en esto hagas la deskecha,

sin darte por entendida,

que me tendràn por parlera;

pero yo no te lo he dicho,

fino para que lo sepas.

Què me hacia este secreto *ap.*

à mi acà dentro? què sea

yo tan ligera de pico!

maldita sea mi lengua.

Luisa. Inès, de lo que mi amiga

no me quiere à mi dâr cuenta,

no es bien que yo me la tome:

à Doña Ana esta fineza

le agradece de mi parte,

que yo segura, y contenta

vine à mi casa, pues quiso,

acompañandome à ella,

venir este Cavallero.

Felix. De mi obligacion fue deuda.

Manz. Y parienta de la mia.

Inès. Què miro! segun las señas, *ap.*

Don Felix es, y Manzano:

cierta ha sido la sospecha
de mi ama. A Dios, señora.

Luisa. A Dios. *Inès.* Hijos, vamos de esta;
chifne llevo que contar,

ya la boca me hormiguea. *Vanse.*

Lope. Cielos, yo estoy sin sentido!

dos hombres vienen con ella.

Luisa. Cavallero, agradecer

lo que de vuestra nobleza

es blason, es escufado.

Felix. Siempre que à vos se os ofrezca

serviros de mi, hallarèis

en mi pecho esta obediencia.

Luisa. Guardeos Dios, que bien lo creo

de vuestra atencion discreta,

y tambien creo el valor.

Manz. Compañia de ahorcado es esta,

pues os quedais en el Credo.

Leon. Ya sacan luces. *Luisa.* Pues entra. *Vanse.*

Lope. Sin mi estoy! conocerèlos

si aqui la vida me cuesta.

Felix. Manzano, pues ya ha quedado

sin embarazo mi quexa,

bolvamos, que aun he de ver

si hallo este alivio à mi pena.

Manz. Si havrà aora otro embarazo?

Felix. Vive Dios, que aunque le huviera

he de ir allà. *Lope.* Cavallero?

Manz. Vele aqui al pie de la letra,

dexando uno, y tomando otro:

hombre, eres Sastre, que llegas

tan tomada la medida?

Felix. Quièn es?

Lope. Quien con vos se engaña,

y quiere por un error

faber quien fois. *Manz.* Mi señor

desciende de la montaña.

Felix. Y à què efecto? *Lope.* Aquessa Dama

con quien venisteis, me obliga

à que os conozca, y os figa,

y sepa à què intento os llama.

Felix. Pues yo à nadie, en caso tal,

satisfago. *Manz.* Y puede creer,

que por no satisfacer,

me dà à mi de comer mal.

Felix. Lo que yo os puedo decir

es, que soy un Cavallero,

lo demàs no. *Lope.* Pues yo espero

faber quien fois, ò reñir.

Felix. Lo segundo està seguro,

mas

mas no tanto lo primero.

Lope. Pues yo, si sois Cavallero, aqui averiguar procuro quien sois; si la empresa es vana, que he de reñir entendido.

Manz. Digo, y passarála usted por una abuela villana?

Felix. Pues baxemonos al Prado, que esso es mejor para alli.

Lope. No me he mover de aqui, sin salir de este cuidado.

Felix. Porque ir allá solo espero, lo digo. *Lope.* Reñid los dos.

Felix. Pues vete tú. *Manz.* Bien, por Dios.

Felix. Vete, villano. *Manz.* No quiero.

Felix. Qué es no?

Manz. Pues con qué conciencia te he de llevar la ración, si te dexo en la ocasión, que tienes una pendencia?

Lope. A mí no me se dà nada; sacad los dos los aceros.

Salen Don Diego, y Martin.

Diego. Qué es aquesto, Cavalleros?

Lope. Valgame el Cielo! ya nada, habiendo llegado vos.

Este Cavallero aqui, recelè que iba tràs mí, repuntamonos los dos, sin causa que importe fama, quiso aqui reñir conmigo: consentid en lo que digo, *A Felix ap.* que es hermano de la Dama.

Felix. Es la verdad, así fue; mas la culpa tuve yo.

Manz. Por menos que esso murió el quinto hombre que matè.

Diego. Mucho he estimado el venir à estorvaros la intencion, que por tan poca ocasión no fuera justo reñir: señor Don Lope, mi casa sabeis que es vuestra; y de vos, Cavallero. *Lope.* Guardeos Dios, que esto adelante no passa. Si vos sois tan Cavallero, *A Felix ap.* que esso será cosa llana, à las seis de la mañana junto à San Blàs os espero.

Felix. Bien està. *Lope.* Señor Don Diego,

quedad con Dios.

Vase.

Diego. El os guarde.

Felix. Para mí tambien es tarde.

Diego. Que vos conozcais, os ruego, mi casa, pues de ella espero, que os sirvais en ocasión.

Felix. Yo os estimo la atención.

Diego. Mas esperad, Cavallero.

Manz. Es otra? *Diego.* Por el vestido aora os reconocí:

vos sois de quien me valí,

y me haveis favorecido

esta noche; y pues sois vos,

aqui conoceros debo.

Felix. No faltará empeño nuevo,

que nos juntará à los dos:

yo os buscarè en mas sazón.

Diego. Vos à mí? *Felix.* Bien puede ser.

Diego. Puedo el motivo saber?

Felix. En llegando la ocasión.

Diego. Pues quièn sois saber espero?

Felix. Un Cavallero. *Diego.* Y el nombre?

Felix. Este basta para un hombre;

no soy mas que un Cavallero.

Diego. Basta; apuraros no quiero,

pues lo callais: guardeos Dios.

Felix. No os de cuidado, que à vos os buscarà el Cavallero. *Vase.*

Diego. Martin, figuele.

Mart. Esso quiero. *Vase.*

Manz. Quiere usted saber quien es?

Diego. Me hareis favor. *Manz.* Oiga, pues.

Diego. Quièn es este? *Manz.* Un Cavallero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Buelvete tú desde aqui, que porque las cinco son, y à las seis es la ocasión, que llegarás permiti.

Manz. Saber, señor, de tí espero, por qué tanto has madrugado?

Felix. Porque riñe aventajado quien sale al campo primero.

Manz. Si te quisiere matar algun enemigo fiero, madruga, y mata primero, dice un adagio vulgar:

mas en caso tan incierto,
vive Dios, que es en verdad,
valerosa necedad
madrugar uno à ser muerto.

Felix. Assentado es lo primero,
que ir antes al desafio,
es ser con la ley del brio
mas cabal un Cavallero.
Lo segundo, es necessario
creer, que indiciar temor,
es aumentar el valor,
y la fortuna al contrario;
porque si mi cobardia
hace su brazo mas fuerte,
es apresurar mi muerte
de su parte, y de la mia:
Luego es cierta consecuencia,
que en tal caso la osadia,
aun mas que à la bizzaria
se debe à la conveniencia.

Manz. Desafio à otro un Portuguès,
y le esperaba en un monte,
que el subir à su orizonte
cansara à un gato montès.
Llegò allà el desafiado,
muerto del passo prolixo,
y en viendo al contrario, dixo,
molido, y desalentado:
Yo no me puedo mover,
para què me llamò aqui?
y èl respondiò: Porque asì
seño menos que facer.
Tù no has dormido, à mi vèr,
por venir temprano acá;
pues si vienes muerto ya,
què tendrà el otro que hacer?

Felix. Las obligaciones mias
no andan bien, fino à este passo.

Manz. En el reñir està el caso,
no en essas filoterias:
y Dios, señor, me es testigo,
que saldrà yo por mi honor
à reñir con un Dotor,
que es el mas fuerte enemigo:
mas si à tal hora, señor,
me llamàran con desdèn,
havia de dormir muy bien,
almorzar mucho mejor,
venir de espacio, y no à pata,
y le havia de matar

à puro hacerle esperar,
que es la cosa que mas mata.

Felix. No es bien hacerle esse ultrage
al que al campo me sacò.

Manz. Pues à què me combidò,
para que yo le agassaje?

Felix. Tu buen humor maravilla;
vete ya sin responder:
ya sabes lo que has de hacer.

Manz. Aquesto està de cartilla,
callar, y irme de camino,
por si fueres mal parado,
tenerte alli aparejado
huevos, paños, y buen vino;
que esto no se puede errar,
aunque tengas mas ventura,
pues si no es para la cura,
servirà para almorzar.

Felix. Vete. *Manz.* A encomendar à Dios
al otro voy, passo à passo,
por si Dios quisiere acafo
llevarse à uno de los dos.

Felix. Pues èl, por què mas te mueve
à esse ruego tan fiel?

Manz. Para que le lleve à èl,
y tambien para que lleve. *Vase.*

Felix. Nunca conocì al temor;
pero esperar à reñir
con lugar de discurrir,
es la accion de mas valor.
Un hombre viene àzia alli,
poner la mascara quiero.

Cubrese el rostro, y sale Don Lope.

Lope. No sè si vengo el primero,
pues està ya un hombre aqui:
pero que no es èl infiero,
pues con mascarilla està.

Felix. Pues no llega, no ferà
aqueste hombre el que yo espero.

Lope. Pero si èste se està aqui,
nos puede el lance estorvar.

Felix. Mas si èste aqui se ha de estàr,
puede presumir de mi,
que conmigo le he traído;
pedir que se vaya quiero:
esto ha de ser. *Lope.* Cavallero,
yo à esperar aqui he venido
una Dama, y si los dos
estamos aqui, al llegar,
con vos se ha de embarazar;

y os suplico, que si à vos
no os importa, de aqui os vais,
pues en este empeño estoy.

Felix. Antes pienso yo que soy
essa Dama que buskais.

El citaros para aqui
en la calle de Alcalà,
no fue anoche? *Lope.* Bien està;
mas còmo venis asì?

Felix. La màscara reparais?

Lope. Si reparo; pues infiero,
que no es ley de Cavallero,
ni al buen duelo os ajustais.

Felix. Pues escuchad la razon,
que ni la ley se atropella,
ni dexo en esta ocasion
de cumplir mi obligacion
muy ajustado con ella.

Ningun hombre à pelear
puede salir embozado,
porque se puede arriesgar
à que alguien pueda pensar,
que èl no fue el desafiado.

Yo, en tal duda, es cosa clara,
que no incurro, pues es cierto,
que ignorandome la cara,
la misma duda os quedàra,
si saliera descubierta.

Supuesto esto, y asentado,
que lo que se pide en duelo,
no ha de hacer el que es honrado,
quando està desafiado.

un hombre, sobre recelo,
si aunque sea por desdèn,
antes del duelo, hace tal
lo que le piden tambien,
aunque en reñir quede bien,
en hacerlo queda mal.

Vos al campo me sacais,
por conocerme atrevido,
si encubierto no me hallais,
antes de reñir llevais
el intento conseguido.

Y quiero en esta ocasion,
pues puedo cubrirme atento,
sin arriesgar mi opinion,
cumplir con mi obligacion,
sin lograros el intento.

Lope. No salis igual asì.

Felix. Antes igual he salido;

la causa que os trae aqui,
desconocido os la di,
y salgo desconocido.

Lope. La intencion tiene estrañeza
mas aguda, y bien pensada.

Felix. Pues hable ya la destreza,
y hallarèis mas agudeza
en los filos de mi espada. *Reñen.*

Lope. El nombre de Cavallero
desempeñais bien, por Dios.

Felix. En todo mostrarlo espero.

Lope. Tened, que perdì el acero.

Felix. Bolved à cobrarle vos.

Lope. Herido, lo intento en vano.

Felix. Que yo os le alcanzàra es llano,
mas fuera accion desairada,
que en el campo vuestra espada
no està bien en otra mano.

Lope. Con un dedo menos quedo.

Felix. Podeis reñir? *Lope.* Ya es en vano,
y por aora no puedo,
no por la herida del dedo,
que sana tengo otra mano:
y quando herida quedàra
tambien estotra, y la herida
tomar la espada estorvàra,
con los dientes la tomàra,
hasta rematar la vida;
que nunca en mi bizzarria
tener la mano passada
causa à no reñir darìa,
fino la galanteria
de dexarme alzar la espada.

Felix. Pesame, que esteis herido,
quando sin esto esta accion
pudiera haver sucedido,
porque yo solo he venido
à cumplir mi obligacion:
que padece mucho engaño
quien piensa que es valentia
solo herir; mas yo lo estraño,
pues para mi bizzarria,
no he menester vuestro daño:
ataros quiero en la mano
este lienzo. *Lope.* Ya no espero
dudar quien sois, pues es llano,
que tan noble cortesano
bien se llama el Cavallero.
Mas siento ir tan obligado
de vos, porque aunque esta accion,

en quanto al lance passado,
cessa aqui, me hallo forzado
à buscar nueva ocasion;
porque yo quiero à la Dama
con quien os vi, y de este empeño
no se ha de apartar mi llama,
y por cumplir con mi fama,
os declaro que es mi dueño.
Y ya, por lo que sospecho,
siempre que con ella à vos
os encuentre, à mi despecho,
si no quedo satisfecho,
hemos de reñir los dos;
y yo tendré esta razon
mientras mi duda os ignora.

Felix. Perdeis la satisfaccion,
que sin essa condicion
os pudiera dar yo aora;
porque habiendo yo reñido,
defengañaros pudiera,
mas habiendo prometido
reñir, pensará qualquiera,
que por escusarlo ha sido.
Y pues esso prometeis,
si me hallais en esse extremo,
vos hareis lo que debeis,
y yo que en duda quedéis,
porque no penseis que os temo.

Lope. Mas por lo passado ya
quedamos los dos amigos.

Felix. Hasta aqui ajustado está,
despues el tiempo os dirá
si hemos de ser enemigos.

Lope. A Dios. *Felix.* A Dios: feliz duelo!

Lope. Mas eis, yo, por si acafo,
soy Don Lope Enriquez. *Felix.* Cielo,
ya à mayor silencio apelo, *ap.*
pues por su hermana me abrafo:
yo, por lo dicho, no quiero
decir quien soy. *Lope.* Quando os tope
otra vez saberlo espero;
y à Dios, que yo soy Don Lope.

Felix. Pues yo soy un Cavallero. *Vanse.*
Salen Doña Ana, è Inès.

Ana. Inès, yo estoy sin alma, y sin sentido,
que no solo Don Felix ha venido
sin haverme avisado,
fino que enamorado
de Doña Luisa, olvida mis finezas.

Inès. En esso pàran todas las bellezas,

que llegan à querer, señora mia.

Ana. A fè, Inès, que mi amor no merecia
el desprecio que lloro,
que aun ofendida, su traicion adoro:
mas què puedo yo hacer?

Inès. Pues te provoca,
la ocasion tienes à pedir de boca:

Don Diego no te quiere? amale luego.

Ana. No me hables en tu vida de D. Diego,
que no podrè escucharte tan sufrida,
si otra vez me le nombras en tu vida.

Inès. Zape, aun no està en estado; *ap.*
mas yo paguè un bolsillo que me ha dado,
que Dios sabe de aquesta diligencia,
que la hago por cumplir con mi conciencia.

Pues, señora, si en esso estàs vengada,
tu hermano no te tiene ya casada?

aunque ignores tu esposo, haya mudanza,
y casite con èl. *Ana.* Buena venganza;
tengo la culpa yo de este enemigo,
que quieres que me diera esse castigo?

Inès. Pues què puedes hacer, quãdo èl se muda?

Ana. Valerme del socorro de la duda.

Inès. Duda aqui, quando tù fuiste testigo
de todo el lance que passò conmigo,
y yo de que èl la estuvo aqui esperando,
y la fue hasta su casa acompañando,
y ella muy satisfecha, y muy mirlada,
me dixo: Inès, yo vine assegurada
con este Cavallero, y por sentillo,
se me ahuecò la boca con tonillo;
y èl la dixo: esta es deuda en mi cuidado;
à que ella respondiò: ya està pagado?

Ana. Pagado dixo? Inès, sin alma vivo!

Inès. Y le quiso mostrar alli el recibo:
nunca los cuentos tienen sal bastante, *ap.*
si no añade un poquito el relatante.

Ana. El corazon me abrafa una centella.

Inès. De quien yo me vengàra, fuera de ella.

Ana. Pues què culpa ha tenido Doña Luisa,
si mi amor mi recato no la avisa,
y ya es tarde? esta pena me atribula!

Inès. Ay, señora! tu hermano. *Ana.* Dissimula.
Sale Don Lope. Doña Ana?

Ana. Hermano: ay Dios! pena crecida!
què tienes en la mano? *Lope.* Es una herida,
no cosa de importancia, que me dier on
aora en un disgusto.

Ana. Ay Dios! quièn fueron?

Lope. Tù, Doña Ana, pues ya de mi amor sabes,

que de tí fio yo cosas mas graves,
no importará que sepas este empeño:
Doña Luisa, no sé si ingrato dueño,
que aun no está la verdad averiguada,
vino á su casa anoche acompañada
de un Cavallero, que con un criado
hasta su puerta fueron á su lado.
Quise reconocerle, mas fue en vano;
al intentar reñir, vino su hermano,
defásiele entonces en secreto,
salimos oy al campo, y en efeto
anduvo tan bizarro, y tan brioso,
que concluir el duelo fue forzoso,
quedando yo allí herido,
y sin poder haverle conocido.
Ana. Inès, ya yo del todo desespero,
y no tengo sentido fino muero.
Inès. Tomate essa, señora, y yo me alegro,
que aora havia yo de amar á un negro,
quanto mas á Don Diego, que te adora.
Ana. Si oy salisteis al campo, no fue hora
de conocerle con la luz que brilla?
Lope. No, que saliò á reñir con mascarilla,
que en mi vida oí cosa tan estraña.
Inès. Sacastele á danzar á la campaña?
Lope. Lo que de él saber pude, fue primero,
que solo era su nombre un Cavallero.
Ana. Inès, yo estoy penando en un abismo.
Inès. A nosotras nos diò con esso mismo;
flor nueva traen de Flandes los galanes,
havrà venido entre los tulipanes.

Dentro Don Juan.

Juan. Ha de casa? está acá el señor D. Lope?
Ana. Inès, mira quien es.
Inès. Ya hace su entrada.
Lope. D. Juan de Toledo es, no importa nada
que estès tú aqui. Don Juan?
Sale Don Juan. El Cielo os guarde,
y á vos, señora: yo desde ayer tarde
á mi hijo Don Felix esperaba:
él no ha venido aun, y aora acaba
un camarada fuyo de avisarme,
que de oy passar no puede su llegada,
porque ante ayer quedaba á una jornada:
y pues ha de venir, como imagino,
yo voy á recibirle oy al camino,
y á que me acompañeis solo he venido.
Lope. Effen en mi obligacion es ya debido,
è irè gustoso allá, por conocerle;
mas advertid, que pues no haveis querido,

que le diga á mi hermana, como ha sido
vuestro hijo con quien está casada,
hasta que aquella muerte estè ajustada,
porque no se presume su venida,
y de esto nazca el riesgo de su vida,
es bien callarlo hasta que estè presente.

Juan. Vos obraréis en effo cuerdamente.

Lope. Vamos, señor Don Juan.

Juan. Guardeos el Cielo. *Vase.*

Ana. Inès, mas evidencias al recelo;
mira si desde allí viene prendado,
pues no ha visto á su padre.

Inès. El te ha engañado.

Lope. Siendo para tu dicha, sabe, hermana,
que tu esposo tambien viene mañana.

Ana. Como el esposo mio?

pues, Lope, yo nací sin alvedrio?

Lope. No buelvas á la rèplica passada,
porque mañana has de quedar casada. *Vase.*

Ana. Inès, has visto la desdicha mia?

Inès. Parece que te afligen á porfia. (sencia,

Ana. Quando está aqui D. Felix, tràs su au-
que me puede amparar de esta violencia,
quiere á otras fortunas mas violentas?

Inès, saca los mantos.

Inès. Pues qué intentas?

Ana. Sacalos luego. *Inès.* Voy á obedecerte.

Ana. Aunque esto sea averiguar mi muerte,
yo lo he de ir á saber de Doña Luisa.

Inès. No dirás, que no sirvo bien aprisá.

Ana. Ponmele luego. *Inès.* Dónde vás, señora?

Ana. A ver á Doña Luisa voy aora,
y á salir de una vez de mis desvelos.

Inès. Haces muy bien, salgamos de estos zelos,
que por Manzano yo tambien me abraço:
pues qué uñas llevo yo, para si acaso!
yo sé, que á la Leonor, si se las hincó,
la harè saber muy bien quantas son cinco.

Sale Manz. Jesus, y qué peligro, si él repara!
al hermano encontramos cara á cara.

Ana. Quièn es?

Manz. Quien, porque un riesgo ha desviado,
entra diciendo, sea Dios loado.

Inès. Señor Manzano el de la espada floja?

Manz. Tú has conocido el arbol por la hoja.

Ana. Inès, yo estoy turbada: como ha sido,
ò por qué á entrar aqui te has atrevido?

Manz. Riesgo es, donde hay hermanos tan te-
mas la fortuna ayuda á los audaces. (naces,
Don Felix mi señor pide licencia

para reñir contigo una pendencia,
que anoche fue de aqui descalabrado;
mas yo pienso, por bien acuchillado,
que venir à reñir zelos de ausencia,
es pedir cura, en tono de pendencia.

Ana. Y dònde està Don Felix?

Manz. Aqui viene.

Ana. Si entra mi hermano, gran peligro tie-
nès, avisa para que se vaya. (ue:

Inès. En la puerta me pongo de atalaya.

Sale Don Felix.

Felix. Despues de un año de ausencia,
y mil siglos de temor,

buelvo à tus ojos, señora,
no el que fui, sino el que soy:

no à ponderar la fineza
de mi errado corazon,

que abreviò el camino en alas
de su mentido favor,

ni à quejarme de haver visto
otro mas feliz que yo;

que olvidarme por el digno,
no es culpa, sino eleccion.

No vengo, pues, à quejarme,
que he menester mi pasion

para morir, y en la queja
se desvanece el dolor.

Solo à darte el parabien

vengo aqui del nuevo amor,
que siendo tuyo, es preciso

ser digno de tu atencion.

Yo le vi anoche, y al verle
me precipitò el furor;

que al estrenar una hoja,
no es mucho errar una voz.

Mas despues, bolviendo en mi,
conoci, que querer yo

dexarte sin alvedrio,

fuera tirana razon.

Lo que fuera justa queja,
fuera fingir el favor,

si haviendo de amar à uno,
nos engañaras à dos.

Esto en ti no lo presumo,

que es tal mi veneracion,

que imagino mi desdicha,
por no presumir tu error.

Lo que he visto, y lo que creo,
es, que si mi dicha era flor,

muriò al faltar de tus ojos,

por el ausencia del Sol.

Con la gala de tu gracia

pude merecer tu amor,

perdila; pero sin culpa,

fue desdicha, agravio no:

que la gracia que me hacia

digno de tu estimacion,

fue gracia, y pudo negarla

la deidad que me la diò.

Mi sentimiento, y mi queja,

solo à mi estrella la doy,

que quedar sin queja un triste

fuera exceso del rigor.

Y pues para mi tormento

tengo bastante razon,

pues no puedo de quejoso,

de infeliz à morir voy.

Yo morirè, dueño (ay Cielos!)

dueño dixè? sin mi estoy;

dueño mio iba à decir,

fue ofadia; pero no,

que si ya para adorarte

no he menester tu favor,

aunque la ultrajes, no puedes

estorvar mi adoracion.

Yo morirè; y por si acaso

fue industria en tu indignacion

levantarme, para hacer

mi precipicio mayor,

yo te lograrè la industria,

y veràs en mi afliccion,

que muero de mi fineza,

primero que del dolor.

Y con esto, à Dios, señora,

que ya que el alma la viò,

quiero morir, mas no oir

la sentencia de tu voz.

Ana. Señor Don Felix, oid,

escuchad: valgame Dios!

si haveis dicho, y yo os he oido,

oid, que aora entro yo.

Manz. Gran cosa es ver dos amantes,

que como dos monos son,

que quando llegan à riña,

muy armados de furor,

se tocan, y no se muerden,

y luego juegan los dos.

Ana. Primero, señor Don Felix,

que os responda, seais vos

muy bien venido, que al veros

mil

mis parabienes me doy.
 Y aora bolviendo al caso,
 en quanto si quiero yo,
 si olvido, ò si favorezco
 otro mas digno que vos,
 no replico, porque sè
 de essa industria la intencion,
 y por fingida os respondo
 con vuestra misma razon.
 Si vos intentais dexarme,
 y à esso os mueve otra aficion,
 què necesidad teneis
 de fingir que os dexo yo?
 Vos decís, que en mí el mudarme
 no es culpa, sino eleccion;
 pues lo que no es culpa en mí,
 por què puede serlo en vos?
 Luego si podeis, sin culpa,
 mudaros, pues libre sois,
 què mejora la mudanza,
 vestida de esse color?
 Demàs de que, què embaraza
 à un galàn, que sin temor
 con tres hombres en la calle,
 por su Dama se empeñò?
 Que despues la fue siguiendo,
 y esperando su atencion
 que saliesse de una casa,
 à la suya la llevò.
 No digo que era la mia,
 que hace el desprecio mayor;
 ni que yo venia à su lado
 quando por ella riñò,
 ni que ella era Doña Luisa,
 porque en materias de amor
 esto de nombrar las partes
 es muy gran desatencion.
 Y para que estas sospechas
 se desmientan, si lo son,
 ir por ella à un desafio,
 herir al competidor;
 que como èl era mi hermano,
 y tan recatado vos,
 viniendo herido à mi casa,
 no pude saberlo yo.
 Y puesto, señor Don Felix,
 que esto no os embarazò,
 lo que no fingís ayer,
 para què lo fingís oy?
 Què teme en mí essa cautela,

si se mudò vuestro amor?
 yo de vos quejarme puedo;
 pero remediarlo no.
 Si es querer que no me queje,
 por conocer mi razon,
 suponerme esse delito,
 no es escusarme el dolor.
 Señor Don Felix, si es culpa
 la mudanza, ò si es traicion
 el fingirme à mí culpada,
 no os libra à vos de traidor.
 Que tenga razon mi queja
 no os estorva vuestro amor;
 y pues no tengo otro alivio,
 no me quiteis la razon.
 Yo todas mis esperanzas
 tenia puestas en vos,
 mas ya solo las tendrè
 en mi desesperacion.
 Mi hermano, señor Don Felix,
 casada me tiene, y oy
 el ultimo plazo ha sido
 que dà à su resolucion.
 Mas lo que yo os asseguro,
 ofendida como estoy,
 es, que he de morir primero,
 que à otro dè mi corazon:
 porque si vuestra mudanza
 es liviandad, no es razon
 el vèr en vos un delito,
 para cometerle yo.
 Ni esto es querer obligaros,
 porque la palabra os doy
 de sacarme antes los ojos,
 que tenerlos para vos.
 Esto es daros à entender,
 que yo siempre soy quien soy,
 aunque vos seais ingrato;
 idos aora con Dios.

Felix. Doña Ana, detente, escucha.

Sale Inès alborotada.

Inès. Ay señora! muerta estoy!
 mi señor ha buuelto à casa,
 todo perdido el color,
 y las puertas ha cerrado,
 que quando Manzano entrò,
 los debì de vèr sin duda;
 aqui nos mata à las dos.

Ana. Ay de mí! señor Don Felix,
 si aqui aora (muerta estoy!)

escondeos en mi quarto.

Felix. No puedo esconderme yo, morir, y ampararte, si.

Manz. Pues yo me escondo, señor, que tengo azar con hermanos, y todos pienso que son descendientes de Cain.

Felix. Tente, villano. *Manz.* Eflo no, que tiemblo de la Hermandad, porque he sido salteador. *Vase.*

Ana. Para que ampareis mi vida os lo suplico, señor, si veis que tengo peligro.

Felix. Para esse empeño aqui estoy. *Retir.*

Al paño Lope. Por mas que dissimulé la pena, y la turbacion, no pude apartar de mí à Don Juan; sin duda viò los dos hombres, que aqui entraban quando salimos los dos, y no ha querido dexarme: mas de aqui nadie saliò, y està cerrada la puerta, aora sabrè quien son. *Sale.*

Hermana? *Ana.* Yo estoy sin alma!

Lope. Quando yo salia vi dos hombres, que entraron aqui: dònde estàn? *Ana.* Yo (muerta estoy!) hombres, Lope? yo, tù, quando:--

Lope. Ya es prueba tu turbacion de mi afrenta, y tu delito.

Ana. Què es lo que dices, señor? hombres aqui? à hablar no acierto!

Lope. Yo los vi, no fue ilusion; y aunque pueda ser tu esposo alguno, aqui, vive Dios, los he de matar contigo.

Ana. Lope, mira:-- *Lope.* Eflo es error: mas todo effo es perder tiempo: de este modo à tu traicion le he de quitar la salida: yo lo verè: sin mí voy! *Vase.*

Ana. Ay Inès! què hemos de hacer? la puerta al quarto cerrò.

Inès. La traspuerta del Jardin està abierta, echemoslos por ella presto, señora.

Ana. Bien dices: Felix, señor, *Sale.* por la puerta del Jardin te puedes ir. *Felix.* Eflo no,

viendo tu riesgo, no puede faltarte aqui mi valor.

Ana. Vete luego. *Felix.* Eflo es locura.

Ana. Vete, y mira por mi honor.

Felix. Dexando à riesgo tu vida, no lo he de hacer, vive Dios.

Ana. Pues aqui què medio cabe?

Felix. Ponerte en salvo. *Ana.* Eflo no, que primero he de morir.

Felix. Pues lo mismo dirè yo.

Dentro Don Lope.

Lope. Traidor, en vano te escondes.

Inès. Ay, que à Manzano encontrò!

Felix. Entrarèle à defender.

Ana. Tente, Don Felix, por Dios, que aqueffo es perderlo todo.

Felix. Ya detenerme es peor.

Ana. Don Felix, libra mi vida, que aunque sea indigna accion, donde todo està perdido, este es el daño menor.

Sale Manzano. Señor, que viene tràs mí.

Inès. Presto, señora, por Dios, que nos cortan. *Ana.* Vè delante.

Inès. Hermanitos, afuson.

Ana. Mira, que hay golpe en la puerta; Don Felix: sin alma voy!

que el escusar mayor daño me obliga à hacer este error, à pesar de mi decoro. *Vanse.*

Sale Don Lope. Espera, aleve, traidor.

Dentro Inès. Echa el golpe.

Lope. Ha vil, cobarde!

el golpe à la puerta echò, de que yo me havia olvidado, y por ella se escapò: infame, cobarde, què huyes? espera. *Dentro Don Felix.*

Felix. No huyo de vos, poner en salvo estas Damas es mi primera atencion.

Y para que conozcais, que no puedo huir, yo soy aquel mismo Cavallero, que oy en el campo os hiriò.

Lope. Harè la puerta pedazos: ay de mí! que mi furor me cegò à no prevenirla: yo te buscarè, traidor. Quièn serà este Cavallero,

que

que tirano de mi amor,
de mi honor tambien lo ha sido?
mas la pena mas atroz
es, que Don Juan es testigo
de todo mi deshonor.
Mas ya la quexa es estorvo,
y pues èl todo lo viò,
para hallar à mi enemigo
me valdrè de su valor.
Cielos, en tanta desdicha,
como padeciendo estoy,
que este sea Cavallero
es el consuelo mejor. *Vase.*

Salen Inès, y Manzano.

Manz. Entra, Inès, q̄ aqui el riesgo se mejora.

Inès. En mi vida he corrido como aora;
cierra, que ha sido dicha no pensada,
que estuviera tan cerca la posada.

Salen Don Felix, y Doña Ana.

Felix. Doña Ana, pues ya el lance ha sucedido,
por mi respeto, y por tu honor te pido,
que no me hables de quexas, ni de amores,
que solo han de servir de hacer mayores
mis sentimientos, y que falte al trato
de la atencion que debo à tu recato;
solo tratemos de enmendar el daño,
que ha sucedido, sin hablar de engaño,
que yo, como otra cosa no me pidas,
perderè en tu defensa dos mil vidas.

Ana. Como no? habla, D. Felix, que estoy loca;
y quando al alma essa traicion le toca,
no hay riesgo de la vida que me altere:
yo hablè anoche con hõbre que me quiere?
yo galàn? tù le viste, y yo lo estraño;
à no pensar, Don Felix, que tu engaño
lo finge por dexarme, cara à cara,
vive Dios, que del pecho me facàra
el corazon, porque con mas pureza
vieras con èl tu engaño, y mi fineza.

Felix. Dices bien, yo lo finjo por dexarte,
yo estoy enamorado en otra parte,
y es cautela, y traicion, y intento vano;
pero tambien lo fingirà Manzano,
que lo viò, y lo dirà por darte enojos.

Ana. Tù lo viste? *Manz.* Mas fue con estos ojos.

Inès. Ay triste, que ellos vieron à Don Diego!
de arriba abaxo se me abrió el talego.

Ana. Tù viste hablar cõmigo un hombre, loco?

Manz. Valgame Dios! ni tanto, ni tan poco:
hablarle tù, ya fuera demasiado;

pero llamò à tu reja un embozado,
y tù luego saliste,
y con èl media hora te estuviste;
pero que tù le hablastes? no señora,
que yo no digo, que eres tu habladora.

Ana. Hombre llamò à mi reja?

Manz. Y en persona.

Ana. Traidor, villano, mientes.

Manz. Pues perdona,

que bien pudo engañarse mi deseo,
porque èl no era mayor que un Filisteo.

Ana. Inès, has visto tal bellaqueria?

Inès. Que esto es todo maldad, señora mia:
negar importa aqui, aunq̄ el gallo cante:
miren què buen testigo era el vergante!
mi ama à la ventana? havia cenado?

Manz. Pues à fe, que yo no era el asomado.

Dent. Diego. Ha de casa. *Felix.* Quièn es?

Inès. Señora, al centro.

Manz. Es un hombre, señor, q̄ entra acà den-

Felix. Retirate, Doña Ana. (tro.)

Ana. Ay suerte impia!

Inès. Calla, señora, que es bellaqueria
andarnos escondièdo à troche, y moche.

Escondense las dos, y sale Don Diego.

Diego. Buenas señas tomò Martin anoche,
quando por mì siguiò à este forastero:
perdonad la licencia, Cavallero,
que una duda à un peligro eslabonada,
me ha obligado à buscar vuestra posada,
y por haverme vos favorecido
anoche, oy à buscaros he venido.

Felix. Cielos, este es la causa de mi daño!
mas aqui se ha de ver el desengaño.

Ana. Ay Inès, què desventura!

Don Diego es el que ha venido.

Inès. Jesus, que todo el vestido
se và por la picadura!

Felix. Decid, pues, lo que quereis.

Diego. Para mi intento, primero
fiaros el alma quiero:
ya vos anoche sabeis
que yo à una Dama asistia.

Ana. Si esto lo dice por mì?

Inès. Calla, y oye desde aqui.

Diego. Un año ha, que la servia,
y en los seis primeros meses
no mereci à sus enojos,
que me mirassen sus ojos:
despues mis ansias corteses

ta obligaron al agrado,
y al fin mi amor advirtió,
y mis finezas pagò
con un honesto cuidado.

Felix. Si querrà aora Doña Ana *ap.*
decir que esto es ilusion?
que me niegue esta traicion!

Manz. Oyendo están la pavana:
de suerte, que aqueſta Dama
ha seis meses empezò,
y à los otros seis cayò?

Diego. Fue fineza de su fama,
quando para castos lazos
mi honesto amor la procura.

Manz. Eſta Dama es escritura,
que se concertò en dos plazos?

Diego. En seis meses no admitiò
un afecto su beldad.

Manz. Bien digo yo, la mitad
para San Juan se rindiò.

Diego. Gastè un año en obligarla.

Manz. Velo ài, la otra mitad
cayò para Navidad;
bien podeis executarla.

Ana. Inès, èl no habla de mi.

Inès. Pardiez buenas boberias;
tendrà èl ciento, pues querias
que te amàra sola à ti?

Diego. Y en fin, quando mi deseo
su amor podia lograr,
yendola aora à buscar,
cerrada su casa veo,
y que de ella se ha salido
por un acaso que ignoro:
yo con la fè que la adoro
pienso que la causa he sido:
porque como anoche vos
con la Justicia reñisteis,
aunque, como vos lo visteis,
yo no lo supe, por Dios,
puede ser que la malicia
de la necia vecindad
dè causa à esta novedad,
si contra su honor se indicia.
Y así os vengo à suplicar
me digais, pues esto passa,
si saliò de alguna casa
alguien que os vino à ayudar,
ò què passò en la pendencia,
por si algun indicio se halla,

con que yo para buscalla
pueda hacer la diligencia.

Ana. Inès, no vès lo que passa?
por mi es esto. *Inès.* Dale bolas;
pues pensabas ser tù sola
la que se và de su casa?

Felix. A no ser indigna accion, *ap.*
aqui llamàra à Doña Ana,
porque viera esta tirana
concluida su traicion.

Este hombre mi amor ignora:
què harè en lance tan cruel?
declararme yo con èl
no conviene por aora.

Cavallero (esto ha de ser)
quando anoche reñi yo,
nadie à ayudarme saliò,
ni yo lo huve menester,
que sobrà mucho à mi espada:
lo que supe es, que reñi,
que huyeron, que los seguì;
de lo demàs no sè nada.

Diego. Esto es valerme de vos,
por si hallaba claridad:
guardeos Dios, y perdonad
el canſaros. *Vase.*

Felix. Id con Dios.

Manz. No es mejor decirle à esse,
que están aqui estas señoras?

Salen Doña Ana, è Inès.

Felix. Niega aora, ingrato dueño
de mis ansias, niega aora
lo que à tus ojos confieſsa
el que mi pena ocasiona.
Diràs aora, que finjo?
diràs que es traza engañoſa
para dexarte? diràs
que de otro amor se provoca
el dolor con que me quexo?
mas si diràs, quièn lo estorva?
que quien niega lo que vi,
negarà lo que oigo aora.

Ana. Don Felix, què es lo que dices?
que haràs que me vuelva loca:
no es Don Diego de Ribera
esse hombre, à quien desdeñoſa,
con mas desaires desprecio,
que èl con finezas me enoja?

Felix. Y como que son desaires,
venir anoche de ronda

à dar música à tu calle,
llamar à tu rexa propia,
salir tù, hablarle, y cantar;
y porque mi ansia zelosa
llegò à quejarse à la rexa,
darme tù, porque èl lo nota,
con la ventana en los ojos,
satisfaccion bien airosa:
mira tù si son defaires,
ò finezas à mi costa.

Ana. Cielos, què es esto que escucho!
tù llegaste à aquella hora?
èl la música traía?

Manz. Y las coplas, y la ronda,
y la pendencia tambien;
pero fue el bobo de Coria,
que nos dexò en la pendencia,
y se fue à hacerte mas coplas.

Ana. Inès, què es esto que dicen?
sabeslo tù? *Inès.* Yo, señora,
què he de saber yo? *Manz.* Jesus!
de què ha de saberlo estotra,
si ella no es mas que Aduana
por donde pasan las cosas?

Ana. Don Felix, viven los Cielos,
que me obligas à que rompa
con tu respeto, y el mio,
si estas traiciones abonas.

Añadirme tù otra pena
à la que vès que me ahoga,
es tirar à hacer mortal
el golpe de mi congoja.

Y si te cansa mi vida,
porque otro amor te provoca,
donde està el de verte ageno,
qualquiera tormento sobra.

Què vida podrá quedarme,
quando vea que à otra adoras?
pues para què es otro golpe,
si esse me la quita toda?

Si es querer hacer mi muerte
mas afligida, y penosa,
muerta la vida de amor,
no hay sentido para otra.

Pues si esto, señor, es cierto,
no en el veneno interpongas
la dulzura del engaño
à lo amargo de la copa;
franqueame la bebida,
y muera de una vez sola,

que es matar con avaricia
cobardia rigurosa.

Mas si mi estrella conoces,
bien haces, finge, ocasiona,
añade rigor, defmiente,
busca engaños, busca formas,
que segun foy de infeliz,
en penas tan dolorosas,
muriendo de cada una,
tendrè vida para todas.

Felix. Manzano, yo he de perder
el juicio. *Manz.* A buena hora;
pues quien viò lo que viò anoche,
y à vèr à su Dama torna,
tiene juicio que perder?

Felix. Fue ilusion, fue sueño, ò sombra
lo que vi, y lo que à Don Diego
escuchè aqui de su boca?

Manz. Señor, puede ser. *Felix.* Pues còmo,
si lo vi, y lo escucho aora?

Manz. Porque lo vi yo tambien.

Felix. Què dices? *Manz.* Pues esso ignoras?
uno no puede engañarse;
pero dos, es facil cosa;
y si no digalo Inès.

Inès. Pues yo sè de estas historias?
me dà lugar mi labor
de andarme viendo estas sombras?

Manz. Tù, què has de vèr de un galàn,
que festejó à una señora?

Inès. Claro està, que no veo nada.

Manz. No vès nada; pero tocas.

Inès. Què he de tocar?

Manz. Tus derechos,
porque tù no te sobornas.

Felix. Doña Ana, para que yo
no me desesperè aora
de no sufrir lo que finges,
y de sentir lo que lloras,
de haver visto yo un galàn,
que en tu presencia conforma
lo que mi oïdo acredita,
à lo que mis ojos notan;
què disculpa puedes darme?
piensala, que si la logras,
te perdonarè el engaño,
por lograr essa lisonja.

Ana. Pues es menester pensar
una verdad tan notoria?

Felix. Pues què verdad hay en esto?

Ana.

Ana. Que tû à su hermana enantoras,
y èl à mi, y fingis los dos
lo que à entrambos os importa.
Manz. Encontròsela, y al buelo;
vive Dios, que es cazadora.
Felix. Pues tû quieres que yo finja
lo que en mi primero corta?
Ana. Pues què corta en ti primero?
Felix. Pues no corta en quien te adora
el cuchillo de perderte?
Ana. Què tiernamente lo notas!
làstima es que no te crea;
duele mucho lo que corta?
Felix. Pues no me quita la vida?
Ana. No es mucho mal donde hay otra.
Felix. Bien dices, donde hay la tuya,
que la adoro, aunque no es propia.
Ana. No te consueles con ella,
que te asseguro, que es poca.
Felix. Dexemos esto, Doña Ana,
que si tu hechizo te abona,
por no perder tu dulzura,
passarè por mi deshonor.
Sale Leonor con manto.
Leon. Està aqui el señor Don Felix?
Felix. Quièn es? *Manz.* Una muger sola.
Felix. Pues señora, què mandais?
Leon. Doña Luisa mi señora
os suplica, que mañana
os llegueis à la Victoria,
que alli à las diez os espera,
porque el hablaros la importa.
Ana. Ha ingrato amante! ay Inès!
mira aqui si se conforma
este recado, y su quexa?
Felix. Pues à mi essa mi señora,
què me tiene que mandar?
Ana. Si, dissimulalo aora,
que esto està muy disfrazado.
Leon. Teniendola tan quexosa,
que por ella à un desafío
salis, en vano lo ignora
vuestro descuido, señor.
Ana. Huelgome que ella responda
al intento de tu engaño.
Felix. En esto estraño dos cosas,
una el saber mi posada,
y el que me busque la otra,
porque yo tuviesse un duelo.
Leon. De la una à mi me toca

dar razon, pues un criado
que os siguiò anoche à deshora,
nos dixo vuestra posada;
la otra toca à mi señora,
y ella os darà razon de ella.
Felix. Pues decidle, que à essa hora
irè à ver lo que me manda.
Leon. A Dios, que ella serà pronta. *Vase.*
Ana. Mira aqui, tirano dueño,
mira si se ha visto toda
la intencion, mal prevenida
de tu quexa cautelosa.
Felix. Què, piensas que te he de dar
satisfaccion? no, señora,
que ni de ti quiero oïrla,
ni que tû de mi la oïgas.
Ana. Pues si tu traicion he visto,
para què à negarme tornas?
Felix. Ezzo es imaginacion,
y aquesta es verdad notoria.
Ana. A lo que miran los ojos
imaginaciones nombras?
Felix. Lò que yo oï, y lo que vi
tiene prueba mas forzosa.
Ana. Pues què tienen tus sentidos,
que à los mios se mejoran?
Felix. Ver yo lo que es evidencia,
y tû una apariencia sola.
Ana. Apariencia es ir al campo,
por la Dama à quien adoras?
Felix. Si, que sin amor se riñe,
si el enojo lo ocasiona.
Ana. Y te busca sin amor,
ya que sin èl te provoca?
Felix. No ha dicho ella que la quiero,
como èl, que à ti te enamora.
Ana. Ezzo es concierto de entrambos.
Manz. Ya es de mala essa pelota.
Inès. No fino buena, y rebuena.
Manz. Pues pidase à la redonda,
y pido falta tambien,
porque te tocò en la ropa.
Ana. De suerte, que porque estoy
sujeta à tu amparo aora,
quieres que valga tu engaño
mas que mis verdades todas?
Felix. Doña Ana, ezzo es apurarme,
y aun obligarme à que rompa
el coto de tu decoro,
y con voz escandalosa

te trate como à muger,
que à dos à un tiempo enamora.
Ana. No hagais tal, señor Don Felix,
que aunque un riesgo me congoja,
aunque un peligro me oprime,
fabrè, amparando mi honra,
morir, y no permitir,
que useis licencia tan loca.
Y para no ocasionarla,
lo que os pido desde aora,
es, que penséis, que mi amor
ha sido un sueño, una sombra,
que ni me habeis conocido,
ni yo à vos, que de esta forma,
ni andareis vos atrevido,
ni mi fama peligrosa.
Inès, el manto te cubre,
y pues ya es de noche, aora
vèn à casa de mi prima,
para que allí se disponga,
que yo à un Convento me vaya.
Felix. Buena es la causa que tomas
para buscar à Don Diego.
Ana. Ya satisfacer no importa,
lo que quisieréis pensad:
vèn, Inès. *Inès.* Vamos, señora.
Felix. Pues yo te he de acompañar.
Ana. Ya mi riesgo à vos no os toca,
yo os absuelvo del desaire.
Felix. Yo no he de dexarte ir sola;
mira bien à donde vàs.
Ana. Quien me guia es mi congoja;
primero irè à Doña Luisa,
à apurar esta ponzoña. *Vanse.*
Manz. Señor, detente aqui un poco,
y veràs si acà no tornan.
Felix. Y he de dexarla yo al riesgo
de que alguno la conozca,
y pueda hallarla su hermano?
Manz. Mas que antes de un quarto de hora
buelven aqui? *Felix.* Vèn tràs ellas,
que aunque es de noche, vèn solas.
Sale Don Juan al encuentro de Don Felix.
Juan. Deteneos, Cavallero.
Manz. Buena, por Dios, y à buen hora.
Felix. Què me quereis, ò quièn sois?
Juan. Quien tiene à cargo la honra,
que le ha fiado un amigo,
y al passar por aqui aora,
de esta puerta dos mugeres

viò salir, que se la roban.
Yo no he querido seguirlas,
creyendo, que mas importa
reconoceros à vos;
mas lo que à mi edad le toca,
solo es buscar el remedio,
si de esto hay alguna forma:
miradlo, ò serà la espada
ultima razon de todas.
Felix. Manzano, hay mayor desdicha?
mi padre es este, aunque corras,
vè tù siguiendo à Doña Ana
por effotra puerta.
Manz. Arroga. *Vase.*
Felix. La voz importa fingir:
Cavallero, aqueste empeño,
ni os toca à vos, como dueño,
ni es facil de conseguir.
Juan. Yo os he de reconocer.
Felix. Yo no os lo he de permitir,
ni con vos he de reñir.
Juan. Pues mirad como ha de ser.
Felix. Huyendo yo, y os prometo,
que no es falta de osadía.
Juan. Pues huir no es cobardía?
Felix. Tambien puede ser respeto.
Juan. Effen me obliga à intentar
conoceros, y os prometo,
si me fiáis el secreto,
de procurarlo mediar.
Felix. Que no puede ser recelo.
Juan. Por què no, si os doy favor?
Felix. Porque es empeño de honor,
y no hay medio en este duelo.
Juan. Yo os debo favorecer,
por lo que de vos he oido.
Felix. Sereis contra el ofendido,
y no lo podeis hacer.
Juan. Que puedo hacerlo colijo,
por lo que pienso de vos.
Felix. Hicierais mal, vive Dios,
aunque fuera vuestro hijo.
Juan. Què os importa en caso tal,
que yo me haga esse desdèn?
Felix. El estarme à mi muy bien
el que vos no quedeis mal.
Juan. Callar juro, y solo quiero,
que me digais quien sois vos.
Felix. Un Cavallero, y à Dios.
Juan. Quièn serà este Cavallero?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Todo esto es morir, Manzano,
mi pena el pecho me parte.

Manz. Pues, señor, vè à confessarte,
y muere como Christiano.

Felix. Con tormento tan tirano
à matarme me provoco.

Manz. Señor, aliviate un poco
de pesares tan atroces,
grita, quexate, dà voces,
y no mueras como loco.

Felix. Con Don Diego esta tirana
se ha ido. *Manz.* No lo he pensado,
porque ello la hemos buscado
de la noche à la mañana;
yo he ido à su primahermana
à buscarla, como un fuego,
todas sus amigas luego
he corrido, y no està allà;
con que ello inferido està,
que no estarà con Don Diego.

Felix. Pues dònde, si mis cuidados
no la hallan con otro dueño?

Manz. Mira, en un Lugar pequeño
havia cinco enamorados;
fuese su Dama, y turbados,
unos de otros sospechaban;
y luego el caso sabido,
hallaron, que se havia ido
con otro que no pensaban.

Felix. El sin duda ha de ocultalla,
Don Diego logra el favor.

Manz. Pues si esto es cierto, señor,
para què vàs à buscalla?

Felix. Porque mi amor me avassalla
à este tormento, aunque es fuerte;
porque aunque el peligro advierte,
busca engañado mi amor
la dulzura del dolor,
hasta llegar à la muerte.

Al hidropico retrata
mi afecto con su belleza,
donde es la sed mi fineza,
y ella el agua que me mata:
miro su hermosura ingrata,
y al beber el desengaño,

templo la sed, mas el daño
se aumenta en mal tan aleve,
porque mientras mas se bebe,
crece la sed del engaño.

El comun exemplo mira
de la simple mariposa,
que de la llama amorosa
ronda el rayo, la luz gira:

à lograr en ella aspira
el alivio de su amor,
y le quita su rigor

las alas para vivir;
pero què importa morir,
donde es tan dulce el ardor?

Yo en su hermosísimo encanto
hallo el fuego de sus ojos,

donde à templar sus enojos
sale el cristal de su llanto:

no admires que busque tanto
aquella agua en que me anego,
aquella luz en que ciego,

si soy con mi fe amorosa
hidropico, y mariposa

de aquel cristal, y aquel fuego.

Manz. Pues yo el buscarla condeno
en su casa, porque si entras,
què has de hacer, si allà la encuentras?

Felix. Apurar este veneno.

Manz. Y si ella el rostro sereno,
te dixesse, por favor:

Usted me canfa, señor,
dexeme ya, por San Juan?

Felix. Matarme con su galàn,
por malograrme el amor.

Manz. Un Vizcaino insufrible
por una calle iba andando,
y en una rexa, passando,
se diò un codazo terrible.

Enfurecido, aunque en vano,
bolviò à la rexa culpada,

y la diò tan gran puñada,
que se destroncò la mano.

Irritòse, y à dos brazos
tomò, sacando la espada,

y alli, à pura cuchillada,
la hizo en la rexa pedazos.

Partiò diciendo, à su modo:
Manos rompes? quiebras codos?

pues toma lo que has llevado.
Igual venganza te llama,

si vâs con mucha fineza
à que èl te abra la cabeza,
sobre llevarte la Dama.
Y serà gloriosa empreſa,
ſi èl te zurra la badana,
decirle luego à Doña Ana:
me dexas: pues tomate eſſa.

Felix. Yo he de entrarlo à averiguar,
ſi fingiendo que à hablarle voy.

Manz. Pues ſeñor:- *Felix.* Refuelto eſtoy,
no tienes que replicar;
aquí vive, entremos luego.

Manz. Mira:- *Felix.* No me adviertas nada.

Manz. Vamos à quebrar la eſpada
en la rexa de Don Diego. *Vanſe.*

Salen Doña Luíſa, Leonor, Doña Ana, e Inès.

Luíſa. Eſto, Doña Ana, paſſa, y te aſſeguro,
que haſta aora ignoraba tu cuidado.

Ana. De gran tormenta, amiga, me has ſacado.

Ay Don Felix! aora conjeturo
tu peſar con el mio,
mas ſabe amor, que ha ſido deſvario.

Luíſa. De juſta quexa en ocaſion me pones,
con dudar de mi amor eſſas traiciones,
ſabiendo tú lo que à Don Lope quiero,
que yo llame à Don Felix, porque eſpero
que à tu hermano por mí le ſatisfaga,
pues por ſu punto mi decoro eſtraga.

Ana. Los zelos no dâñ quexa, amiga mia,
porque ſon una ofada cobardia:
no hay reſpeto, grandeza, ſangre, ò fuero,
que los refrene, à la razon ſe ciegan,
renuncian la eſperanza, la fe niegan,
vèn, y no eſcuchan, de temor movidos,
porque ſon unos ojos ſin oidos.

Inès. No te dixes yo ſiempre, que era en vano,
que Doña Luíſa ſiempre amò à tu hermano?

Ana. De albricias del contento eſtimo el ſuſto.

Inès. Eſſotra havia de emplear ſu guſto
en Don Felix, que no es mas que un ſugeto
muy galàn, muy valiente, y muy diſcreto,
muy liberal, y amante con exceſſo?
ſeñora, que no hablemos mas en eſſo.

Ana. Ya, Doña Luíſa, que de tí obligada
eſtoy, de mi paſſion deſengañada,
quiſiera que Don Felix lo eſtuviera;
y aunque tú ſabes ya de la manera
que mi ſoſpecha me guiò à tu caſa,
ſi èl me vè aquí, ignorando lo que paſſa,
no ha de atender à mas, como eſtà ciego,

ſino à que eſtòy en caſa de Don Diego,

Luíſa. Pues què quieres hacer?

Ana. Que tú al momento

vayas à prevenirme algun Convento,
donde yo me aſſegure de mi hermano,
que deſde allí, pues ſu recelo es vano,
podrà Don Felix vèr ſu deſvario,
y tener mejor fin el rieſgo mio.

Luíſa. Ya Don Diego ha acabado de veſtirſe,
y por aquí es el paſſo para irſe;
entrate adentro, no te encuentre aora.

Ana. Antes le quiero hablar.

Inès. Jeſus, ſeñora!

tú à Don Diego hablar quieres? tienes ju-

Ana. Si, que quiero decirle, con què indicio,
de què palabra, ò ſeñas ha inferido
que yo pago ſu amor, y le he admitido?

Inès. Ay! juſticia de Dios, que me revela
la confeſion; aquí de una cautela.

Señora, pues aora eſſo querías?

no vès que amor es todo boberias,
y eſta havrà ſido a'guna de las ſuyas,
y ſi tú las rebuelves ſeràn tuyas?

Eſtando à tanto rieſgo, y ſin ſoſiego,
no es mejor que le empeñes à Don Diego,
diſſimulando todos tus peſares,

en que buſque el Convento,
que harà la diligencia en un momento?
y eſtando tú en ſeguro,

le puedes hablar claro, poco, y puro.

Luíſa. Muy bien ha dicho Inès.

Inès. Que ſi ſeñora.

Ana. Eſſo he de hacer, diſſimulando aora.

Luíſa. Pues èl ſale, diſponte à prevenillo.

Inès. Eſto es echarle al rieſgo un remendillo,
dure lo que duràre lo encubierto.

Dentro Don Diego.

Diego. Leonor, mira q' el quarto queda abierto,
entra luego à cerrarle: mas què miro! *Sale.*

Ana. Mucho harè en reprimir lo que ſuſpiro.

Al paño Don Felix, y Manzano.

Felix. El es. *Manz.* Llamale pues.

Felix. Tente, que he entrado
en mejor ocaſion, que hemos penſado.

Diego. Quien madruga, ſeñora,
no tiene que admirar vèr al Aurora,
ni hallar la dicha, que llorò perdida,
ſi por no merecida,
la noche la perdiò de mis enojos,
y la hallò con la luz de vueſtros ojos.

D

Felix.

Felix. Cielos, què es lo que escucho!
mira si cierto fue lo que imagino.

Manz. Ya te azotan aqui por adivino.

Diego. Pero de ver vuestro semblante infiero
vuestro disgusto, y que advirtais espero,
que si yo he dado causa à essa tibieza,
tiene disculpa el yerro en mi fineza,
pues por ser atrevida

os cuesta esse pesar; pero la vida
perderè en vuestro amparo, por disculpa.

Ana. De esto me he de valer, pues èl se culpa.

Cierto es, señor Don Diego,
que por vos de este modo à verme llevo,
mi vida aventurada,
mi honor à riesgo, mi opinion ajada,
y vos solo la causa me haveis dado;
bien sabe amor, q es èl quien lo ha causado.

Felix. De aqui, Manzano, no saldrè con vida.

Manz. Ya estoy pensando yo en la zambullida.

Ana. Pero ya en el peligro sucedido,
en vano es condenar lo inadvertido,
fino buscar la enmienda que lo abona.

Diego. Para esso està mi espada, y mi persona.

Ana. Menos es menester que essa violencia,
pues basta aora vuestra diligencia.

Diego. D. cidme, pues, en què serviros puedo.

Ana. De mi hermano me affusta el justo miedo,
y hasta està su sospecha sossegada,
bien veis que importa està assegurada,
y el remedio mejor es, que al momento
vos vais à prevenirme algun Convento
donde yo pueda està decentemente,
mientras passa el horror de este accidente.

Diego. Agradecido à mi feliz estrella,
pues tal ventura solamente es de ella,
de mi tan presto os hallareis servida,
que al bolveros à ver obedecida,
imagineis que amor me diò sus alas. *Vase.*

Ana. Ay fortuna! si al mal el bien igualas,
bien se van mejorando mis enojos.

Felix. Ha cruel! esso es bien? pese à tus ojos.

Ana. Ya, Doña Luisa, solo està mi suerte
en que mi hermano aqui no venga à verte,
ni hasta que yo al Convento me haya ido,
sepa Don Felix, que de aqui he salido,
porque es terrible su passion zelosa.

Sale Felix. Esso no lograràs, Circe engañosa.

Manz. Degollemoslas todas, vaya arreo.

Ana. Pefares, ay de mi! què es lo que veo?

Felix. Esto es romper con la prefa

del dolor, crecer un rio,
cuya violencia se arrastra
troncos, piedras, y edificios.
Tendràs aora disculpa,
ingrato dueño querido?
que aun agraviado de ti,
no me he de apartar de fino.
Havrà industria à que apelar,
para engañarme? havrà arbitrio?
pluguiera al Cielo le huviera,
que en el fuego que respiro,
si me ha de acabar su ardor,
mejor le estaba al sentido
confumirse de mi llama,
que morir de tu delito.
Pues vive el Cielo, cruel,
que ya que alargas el tiro
del rigor de la venganza,
le he de alargar yo contigo.

No tengo otra, sino hacer,
que como aqui lo averiguo,
dos que à un mismo tiempo engañas,
los pierdas à un tiempo mismo.

A seguir voy à tu amante,
porque hallandole mi brio,
èl muera de mi venganza,
yo de la suya, y tu hechizo.

Acabese assi tu engaño,
cesse assi el tormento mio,
y muera yo consolado
con que esse placer te quito.

Ana. Don Felix, señor, detente:
Doña Luisa. *Luisa.* Yo os suplico,
que os detengais. *Felix.* Es en vano.

Ana. Mi bien, señor, dueño mio,
escucha. *Felix.* En vano es tenerme.

Luisa. Yo por mi atencion os pido
que escucheis.

Felix. No hay atenciones;
y perdonad, si esto os digo,
que viendo à quien no las tiene,
hago yo lo que he aprendido. *Vase.*

Manz. Y yo he aprendido tambien,
y se ya tanto el oficio,
que si aqui engañan à dos,
yo voy à engañar à cinco.

Ana. Ha Manzano, escucha, espera;
tenedle, Inès. *Inès.* Manzanillo,
buelve aqui. *Manz.* Pues para què,
si ya ustedes me han mordido?

Ana.

Ana. Por dónde entrò tu señor?

Manz. Como el mozo es atrevido,
entrò por la boca manga.

Luisa. Pues aqueſſo no eſtá viſto?
por el quarto de mi hermano,
que eſtá abierto.

Manz. Eſto es lindo;
ſi aqui uſtedes le han abierto,
què duſan por donde vino?

Ana. Pues èl hablò con Don Diego
quando aqui entrò, ò còmo ha ſido?

Manz. No hablò ſino con el diablo,
pues ſin verlo me lo dixo.

Ana. Què te dixo? Manz. Lo que viò.

Ana. Pues aqui, què es lo que ha viſto?

Manz. La labor que haciendo eſtais,
que aqui no hay otro delito.

Inès. Què labor? Manz. Medias de pelo,
y entre puntos, y nudillos,
mi amo entraba en los menguados,
y Don Diego en los crecidos.

Pero por Dios, que eſta vez
no han de tener artificio
para remediarle el punto,
que à mi amo ſe le ha ido,
porque èl lleva ya carrera.

Ana. Manzano, del dolor mio
tèn piedad, y haz tù que vuelva,
y toma eſte cordoncillo.

Manz. Pues eſſo es buelta por buelta.

Ana. Hazlo, por Dios. Manz. Vive Chriſto,
que me has pueſto una cadena
para ſervir, y ya digo,
que ni quieres à Don Diego,
ni à ſu caſa te has venido,
ni aora hablabas con èl,
que eſto no es mas que un indicio:
miente el mundo, y yo el primero.

Inès. Aora te haces amigo?

Manz. Pues ſi me ſician la plaza,
es mucho haverme rendido
en echandome el cordon?

Ana. Que hagas que vuelva te pido.

Manz. Què llamas hacer que vuelva?
ſi aora ſe huviera ido
al juego de la pelota,
le harè que vuelva al proviſo,
aunque le encuentre ſacando.

Ana. Que no me faltes te digo.

Manz. No, ſi èl buelve, no harà falta.

Ana. Pues buelve tù à darme auiſo.

Manz. Bolverè quanto quiſieres,
como no ſea el cordoncillo. *Vuſe.*

Ana. Doña Luisa, ay muger mas deſdichada!
mi primera atencion me ſale errada:

què culpa es la que el Cielo me caſtiga?

Luisa. Ay Doña Ana! no ſè lo que te diga;
pienſas que es poca culpa un amor fino,
que ſiempre es ojeriza del deſtino?

Inès. Miren q̄ à buen compàs ſe eſtàn quexàdo,
y yo diſſimulando,

con ſer à quien la culpa mas le toca,
me eſtoy aqui ſin deſpegar mi boca.

Al paño Don Lope. Sup. ſtaq.

Lope. Ya que por mi impaciencia deſeſpero
de hallar quien ſea aqueſte Cavallero,
ni indicio alguno de mi aleve hermana,
le buſco en Doña Luisa, y no es muy vana
mi pretenſion, que en eſtos pareceres
unas de otras ſe valen las mugeres:
mas con viſta eſtá, tenerme quiero.

Ana. Ya de que buelva à hablarme deſeſpero,
ſegun iba reſuelto.

Inès. Que no, ſi el quiere bien, dale por buelto:
mas hele, un hombre viene, èl es ſin duda.

Và àzia donde eſtá Don Lope, y èl ſale.

Ana. Mi bien, mi dueño, ſi el dexarme muda:—

Lope. Ha traidor! què miro! Ana. Ay D. Luisa!

Luisa. D. Lope, q̄ haces? Inès. Detenedle aprifa.

Lope. Muera eſta aleve, que mi honor abraſa.

Luisa. Aſſi el reſpeto pierdes à mi caſa?

Lope. A agravios no hay reſpeto q̄ me riñas:
viven los Cielos:— Inès. Detenedle, niñas.

Luisa. Què agravios hay aqui, ſino ha una hora
que la dexò mi hermano, que vâ aora
à hacer la diligencia de un Convento?
entre tanto eſtá mal en mi apoſento?

Lope. Què es lo q̄ eſcucho! ſi D. Diego ha ſido
quien aqui la ha traído,

à mi me eſtá muy bien que ſea ſu eſpoſo;
con caſarla con èl quedo guſtoſo, (to.
que primero es mi honor, que mi concier-

Inès. Señora, en eſte engaño toma puerto.

Ana. No puedo hablar, Inès, que eſtoy cortada.

Inès. Ay ſeñor! mi ſeñora eſtá turbada;

Don Diego es quien aqui nos ha traído,
todo ſe acaba bien con un marido,
que mejor que ſentencia, es conveniencia.

Lope. No quiero yo apelar à otra ſentencia,
que con Don Diego logro mucha palma:

què dices? *Inès.* Di que sí, pese à tu alma.

Ana. Señor, la turbacion, y el temor mio no me dexan hablar; yo de tí fio, que en qualquier accidente haràs lo que à mi honor es conveniente.

Lope. Pues dònde està D. Diego, ù dònde ha ido?

Luisa. A buscar el Convento aora ha salido.

Lope. Pues irèle à buscar, que esto ajustado està todo, como èl quede casado; (mana que aunque èl no sea quien sacò à mi herde mi casa, pues hallo aqui à Doña Ana, ò el Cavallero amigo suyo era, ò iba con èl, y caso que no fuera, para què apuro lo que en esto passà, si à mí me basta que la hallè en su casa? y no hablarè en mi quexa à Doña Luisa, hasta hacer diligencia tan precisa. *Vase.*

Sale Don Felix.

Ana. Ay Doña Luisa! valgame el retiro!

Felix. Ya para què ha de fer?

Ana. Cielos, què miro!

Felix. A quien por tu peligro desvelado, y viendo que tu hermano aqui havia entràs èl se vino, solo à defenderte, (trado, para vèr la sentencia de su muerte; pues viendo ya su enojo reportado, à la puerta quedò, donde he escuchado de mi dolor el ultimo decreto; pues para que mi muerte, con su efeto, apelacion yo tenga para nada, ya està por tres sentencias confirmada.

Luisa. Jesus, y què desdicha! *Inès.* S. Antonio! señores, esto trazalo el Demonio?

Ana. Don Felix, señor, si el hado, el acaso, y el ahogo, el Cielo, tu amor, mi pena, se conjuran en mi oprobio; yo soy solo un corazon, donde no cabe por corto, resistencia para uno, mira què harà para todos? La fuerza de mi sospecha, anoche entre tanto ahogo, me traxo aqui, donde hallè defengãos, y socorro Con Don Diego esta mañana disimulè mis enojos, porque me busque un Convento, que es el mas honesto abono. Y si yo huviera advertido

sus afectos amorosos, para què era otro sagrado, donde tengo el que yo esco, ò? Al entrar aqui mi hermano, por reportarle furioso, llevè adelante el engaño, à que diò principio èl propio. Mas si todo esto se junta à suceder de este modo, què he de hacer, si tus sospechas yo parece que las compro? Que me llesves à tu casa es lo que te pido solo, que alli estoy con tus hermanas con defensa, y con abono. Mas todas estas razones, que son vanas reconozco, que zelos al vèr son lince, pero al escuchar son sordos. Solo à mi inocencia apelo, y te ruego por tí propio, que me llesves donde digo, por piedad de mis sollozos.

Felix. Doña Ana, aora no es tiempo, siendo el peligro tan pronto, ni de admitir la razon, ni de impugnarla tampoco: pero para que conozcas à lo que por tí me arrojò, siendo deuda del valor, en lo que me pides, noto quatro mil inconvenientes, y he de atropellar por todos: ponte el manto, y ven conmigo.

Ana. Sacale, *Inès.* *Inès.* No es ahorro ponertele de camino?

Ana. Doña Luisa, à Dios; y solo te prevengo, que no digas, aunque sea mas forzoso, ni con quien, ni dònde he ido.

Luisa. Esto es demàs.

Inès. A Dios, bobos. *Vanse.*

Luisa. Yo soy quien queda mas bien, si aora vienen los otros.

Leon. Pues tú, què culpa has tenido?

Luisa. La de pagar yo su enojo, pues Don Lope en mi defaire ha de desquitarle todo.

Leon. Pues, señora, dicho, y hecho, y el diablo le añade un poco,

pues

pues vienen entrambos juntos.

Salen Don Lope, y Don Diego.

Lope. Don Diego, ya lo quexoso no importa, pues tan honrado quedo con vos. *Diego.* Saber solo, que ya Doña Ana tenia de vuestra eleccion esposo, me embarazò à declararme.

Lope. Con esto se ajusta todo: llamad, señora, à mi hermana.

Luisa. Què hermana? *Leon.* Vá de alboroto.

Diego. Doña Ana no està contigo?

Luisa. Acabado de ir vosotros, tomò su manto, y se fue, sin saber yo à què, ni còmo.

Lope. Què es lo que escucho? ha traidora!

Diego. Pues por què ha sido esse arrojò, si ella me quiere, y en ello viene ya su hermano, y todo?

Luisa. Don Diego, estàs engañado, porque ella tiene otro esposo, que es lo que puedo saber, aunque quien es no conozco.

Lope. Cielos, quièn puede ser esse?

Luisa. Esto preguntè, mas solo dice, que es un Cavallero.

Lope. Ha traidor! que este es el propio, que la sacò de mi casa.

Diego. Pues quièn es?

Lope. Un hombre, un monstruo, que en nombre de un Cavallero, sin saber mas, me trae loco.

Diego. Retirate adentro, hermana.

Luisa. Ya le importa à mi decoro defengañar à Don Lope: bolver à hablarle es forzoso. *Vase.*

Diego. No teneis de èl otras señas?

Lope. El es un Soldado mozo, con quien antenoche vos me hallasteis. *Diego.* Yo le conozco: vive Dios, que he de matarle, y he de ir à buscarle solo, pues de èl mi amor he fiado, y me ha engañado alevoso.

Don Lope, porque no erremos la venganza, de este modo el hallarle se asegura:

mientras que yo reconozco la posada donde èl vive, vos esperad aqui un poco,

por si alguien buelve à mi casa: assi asseguro el ir solo. *Vase.*

Lope Id, que yo aguardo en la calle. Cielos, sacadme vosotros de este Cavallero enigma, causa de tantos assombros.

Sale Doña Luisa. D. Lope, escucha, detente.

Lope. Què me quieres? *Luisa.* Es buen modo entrar à verme dos veces, estès, ò no estès quexoso, y irte entrambas sin hablarme?

Lope. Esso me faltaba solo, tràs el dolor que padezco, ingrata, quando conozco, que tambien amor me engaña.

Luisa. Don Lope, si estais furioso por vuestra hermana, no es bien vengarla en mi, que es muy tosco esse estilo, y muy grossero para mi oido, y mis ojos.

Una fantasia zelosa, por unos ciegos anteojos, no es causa para esse estilo: mas para que ciego, ò loco, otra vez no useis conmigo de tan pesados arrojos, aquel Cavallero mismo de quien vos estais zeloso

(Doña Ana aqui me perdona, que primero es mi decoro) es quien llevò à vuestra hermana con titulo de su esposo.

Mirad si es cosa creible, que sin hacerle yo estorvo, si èl me amara, se atreviera à tanto empeño à mis ojos?

O si soy muger, que amando, tuviera el brio tan corto, que caso que èl se atreviera, passara por esse oprobio,

sin que le: - pero esto sobra; y es lo cierto, que era impropio traer yo desaires vuestros, fingidos para mi abono:

Y es cierto, que no lo hiciera, à no saber, ni tampoco à no ser para el empeño de defender mi decoro.

Mas èl llevò à su muger, y ella se fue con su esposo;

y

y pues ya estais satisfecho,
ò no lo esteis, que esse ahorro
perderà vuestro folsiego:
os suplico, que en retorno
no me hableis en vuestra vida,
si quereis quedar airolò.

Lope. Señora, mi bien, espera;
el consuelo, que en ti solo
me queda, quieres quitarme?
no tiene fuero un zeloso
de poder ser atrevido?

Luisa. Eflo si, pero no loco.

Lope. Que me perdones te pido,
y me digas por tus ojos
quièn es este Cavallero?

Sale Manzano.

Manz. A èl se lo llevò el Demonio:
mi señor:- pero què miro!
la casa errè, perdonad.

Lope. No haveis errado, esperad.

Manz. Sabe ustè à lo que yo tiro?
vive Dios, que es el hermano. *ap.*

Lope. Este es criado sin duda, *ap.*
fabrè lo que el alma duda,
pues me ha venido à la mano:
à quièn buskais aqui vos?

Manz. A Don Juan Zaquizamì,
vive aqui? *Luisa.* No vive aqui.

Manz. Pues quedese ustè con Dios.

Lope. Aguardad: quièn, pues lo ignora,
dueño es de vuestra persona?

Manz. Mi dueño es una fregona,
pero limpia como el oro.

Lope. La curiosidad no es tanta,
ni os toco yo en esse punto;
à quièn servís os pregunto?

Manz. Yo, à Dios la Semana Santa.

Lope. No tenèis amo, menguado?
que ya, vive Dios, me irrito.

Manz. No, vive Dios, es delito,
que no sea yo criado?

Lope. No, que yo de ello me alegro:
mas còmo quando yo os vi
entrasteis, diciendo aqui,
mi señor? *Manz.* Esse es mi suegro.

Lope. Sois casado? *Manz.* Siete veces.

Lope. Yo os he visto à vos al lado
de un Cavallero Soldado.

Manz. Mas que me casca las nueces: *ap.*
esse es un sobrino mio,

que està en Madrid, forastero.

Lope. Quièn es esse Cavallero?

Manz. El sobrino de su tio.

Lope. Què es su nombre?

Manz. Hay tal aprieto?

Pierres. *Lope.* Esse el nombre es?

Manz. Es espia, y porque lo es,
anda en la Corte en secreto.

Lope. Y dònde està? *Manz.* Es vagabundo,
y està en una casa estraña.

Lope. Quièn vive alli?

Manz. El Rey de España,
à pesar de todo el mundo.

Lope. Vos tambien hablais de encanto?
pues vive Dios, que mi espada:-

Manz. Deme ustè una cuchillada,
y no me pregunte tanto.

Lope. Vengarme en vos es baxeza,
ni es effo lo que ha de ser.

Manz. Pues ya què mas ha de hacer,
si me ha roto la cabeza?

Luisa. Esse hombre, sea quien fuere,
què te puede ocasionar?

Lope. Mejor es dissimular,
y seguirle donde fuere.

Manz. Quiere ustè mas? *Lope.* Idos vos

Manz. Declarè bien? *Lope.* Fue capricho.

Manz. Quiere ustè que firme el dicho?

Lope. Idos de ai. *Manz.* Pues à Dios. *Vase.*

Lope. Seguirle aora es mejor.

Luisa. Don Lope? essa empresa es vana,
si està casada tu hermana.

Lope. Seguirle importa à mi honor,
que mi venganza se allana
con seguirle desde aqui. *Vase.*

Luisa. Pues yo tengo de ir tràs ti,
y irè à avisar à Doña Ana. *Vase.*

*Salen Don Juan, Don Felix, Doña Ana, y
Inès tapadas.*

Juan. Por el contento de verte
te perdono el sentimiento,
Felix, de estàr en Madrid,
sin verme à mi lo primero.

Felix. Señor, empeños de amor
tienen disculpa, y te ruego,
que à èste no falte tu amparo.

Ana. Porque os haga mas empeño,
me descubrirè con vos: *Descubrese.*
conoceisme aora? *Juan.* Què veo!
luego Don Felix, señora,

fue

fue quien osado, y resuelto,
os sacò de vuestra casa?

Ana. Si señor, que èl es mi dueño.

Inès. Si señor, y à mi tambien,
que es lo peor que hay en ello,
que soy una doncellita,
y sabe Dios lo que pierdo.

Juan. Felix, yo me huelgo mucho
de que este sea tu afecto,
que es mi señora Doña Ana
con quien casado te tengo,
y esto està luego ajustado.

Felix. No es tan facil como esso,
porque aquesta mi señora
no quiere, à lo quo yo entiendo,
que logre yo tanta dicha.

Ana. No señor, que yo sì quiero,
fino que èl, por un engaño,
que le hacen injustos zelos
de un hombre:- Juan. Tened, señora,
entraos conmigo acà dentro,
que no es esso para aqui:
venid, que con mas secreto
me dareis cuenta de todo:
quedate tù aqui. Felix. Aqui espero.

Ana. Ay ingrato! quiera amor
que se reconozca el yerro. *Vanse.*

Inès. Ay Virgen! còmo es possible
que yo desate este enredo?
que à puro tirar la foga
me han hecho ya el nudo ciego.

Felix. Què miro! ò miente la vista,
ò el que alli viene es Don Diego:
sin duda ya èl me conoce:
aqui retirarme quiero
hasta saber lo que intenta. *Retirase.*

Sale Don Diego.

Diego. Que es Don Felix de Toledo
en la posada he sabido,
y asì aqui à buscarle vengo.

Inès. Señor Don Diego? Diego. Tù aqui?
ya un seguro indicio tengo
de que he hallado à mi enemigo;
voy à buscarle allà dentro.

Inès. A dònde vais? Diego. A vengarme.

Inès. Ay Virgen! aqui me pierdo:
señor Don Diego, escuchad,
y no vais à hacer un yerro,
engañado de otro mio,
que todo esto es un enredo

de esta triste pecadora,
fin que mi señora en ello
entre, ni os haya queridos;
que aunque sois galàn, lo mesmo
es veros à vos, que al diablo:
no penseis que os lisongeo,
que peor le pareceis;
pero yo, señor, que tengo
mas tierna la voluntad,
fingì favores supuestos
de parte de mi señora,
y os he engañado con ellos,
que ni ella sabe de vos,
ni de vuestro galanteo,
ni que os hablè por la rexa;
y si una musica os debo,
ya os la pago en lo que canto,
que dàdivas, y dineros
bien valen lo que por mi
haveis estado creyendo.

Yo me acuso, que he quebrado
el octavo mandamiento,
levantando un testimonio,
que para mi era de hierro,
pero para vos fue paja,
con que aqui obligado os dexo
à no tomarlo en la boca,
pues por paja tiene riesgo. *Vase.*

Diego. Oye, Inès, escucha, espera:
corrido, y sin alma quedo!

Al paño Don Felix.

Felix. Cielos, què es lo que he escuchado?
que no me cabe en el pecho
el gusto del desengaño:
ay Doña Ana! amado dueño,
mil veces perdon te pido.

Diego. Pues en èl, viven los Cielos,
me he de vengar, que no importa
ser mis favores supuestos,
para haverle yo fiado
mi amor, y engañarme luego.

Sale Don Felix. Pues para esto estoy aqui.

Diego. Mucho de hallaros me huelgo.

Felix. Pues si de mi tenèis quexa,
porque vos, señor Don Diego,
me dixisteis vuestro amor,
y el mio os tuve encubierto;
sabad, que diciendo vos,
que erais querido primero,
no podia ser mi Dama

la que à dos amaba à un tiempo:
pero aora que he sabido,
que solo fue engaño vuestro,
es mi Dama, y yo la adoro,
y ya en el alma la tengo;
y siempre que la miràreis,
vereis delante mi acero.

Diego. Para esso de aqui salgamos.

Felix. Andad, que ya os voy siguiendo.

Sale Manzano.

Manz. Jesus, señor. *Felix.* Dònde vàs?

Manz. Vengo molido los huesos.

Felix. Pues de què?

Manz. Traigo una maza.

Felix. Què dices? estàs sin seso?

Manz. Si señor, porque Don Lope,
para venirme siguiendo,
se me agarrò de la cola,
y hele, que ya entra acà dentro.

Diego. No importa, que pues conmigo
teneis ya acetado un duelo,
yo he de estar à vuestro lado
hasta ajustarle primero.

Felix. Esso no he menester yo.

Sale Don Lope.

Lope. Aquí entrò el criado: Cielos,
Don Juan de Toledo vive
en esta casa: què veo!
el hombre con quien reñì
no es aqueste Cavallero?
sois vos::- *Diego.* No vais adelante,
porque entre los dos tenemos
un duelo acetado ya,
y no hay lugar para el vuestro.

Lope. Si èl es el que yo presumo,
mi venganza es lo primero,
que el mio es duelo de honor.

Diego. No hay calidad en los duelos;
el que primero se aceta
se lleva el primer derecho.

Felix. Pues yo soy el que pensais.

Lope. Pues matarèle. *Diego.* Teneos,
que he de ponerme à su lado.

Felix. Salgamos al campo luego,

pues estamos dos à dos.

Manz. No señor, que yo soy cero,
y no hago numero aqui.

Felix. Venidme los dos siguiendo.

Sale D. Juan. A tu lado està mi espada:
dònde vàs, hijo? què es esto?

Lope. Què es lo que miro! pues vos
sois Don Felix de Toledo?

Felix. Yo soy. *Manz.* Mas ha de treinta años.

Lope. Pues mejor està mi empeño.

Salen Doña Luisa, y Leonor.

Luisa. Leonor, que he de llegar tarde
à avisarla, voy temiendo:

mas ay Dios! què es lo que miro?

Diego. Hermana, tù aqui? què es esto?

ha traidora! *Lope.* Reportaos,
y advertid, señor Don Diego,
que es mi esposa Doña Luisa,
y à mi me viene siguiendo.

Diego. Siendo asì, à mi me està bien.

Felix. Don Lope, si vuestro empeño
conmigo, es por vuestra hermana,
yo os respondo con lo mesmo,
pues Doña Ana es ya mi esposa.

Lope. De albricias de este suceso
os doy los brazos; Don Felix.

Felix. Yo de hermano los aceto.

Diego. Pues si esto llega à este estado,
tambien yo mi queixa dexo,
y quedo mejor que todos,
pues que me quedo soltero.

Juan. Pues, señora, salid vos.

Salen Doña Ana, y Inès.

Ana. A dár à mi amado dueño
toda el alma en un abrazo.

Luisa. Dulce fin à tanto riesgo.

Inès. Què està ya todo ajustado?

señores, corrida quedo
de que no se haya sabido,
que yo tracè este embeleco:
venga à noticia de todos.

Manz. Toca, embustera, esos huesos.

Felix. Y si logra vuestro aplauso,
aqui acaba el Cavallero.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga,
Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en
donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1768.